Bajo el cerezo

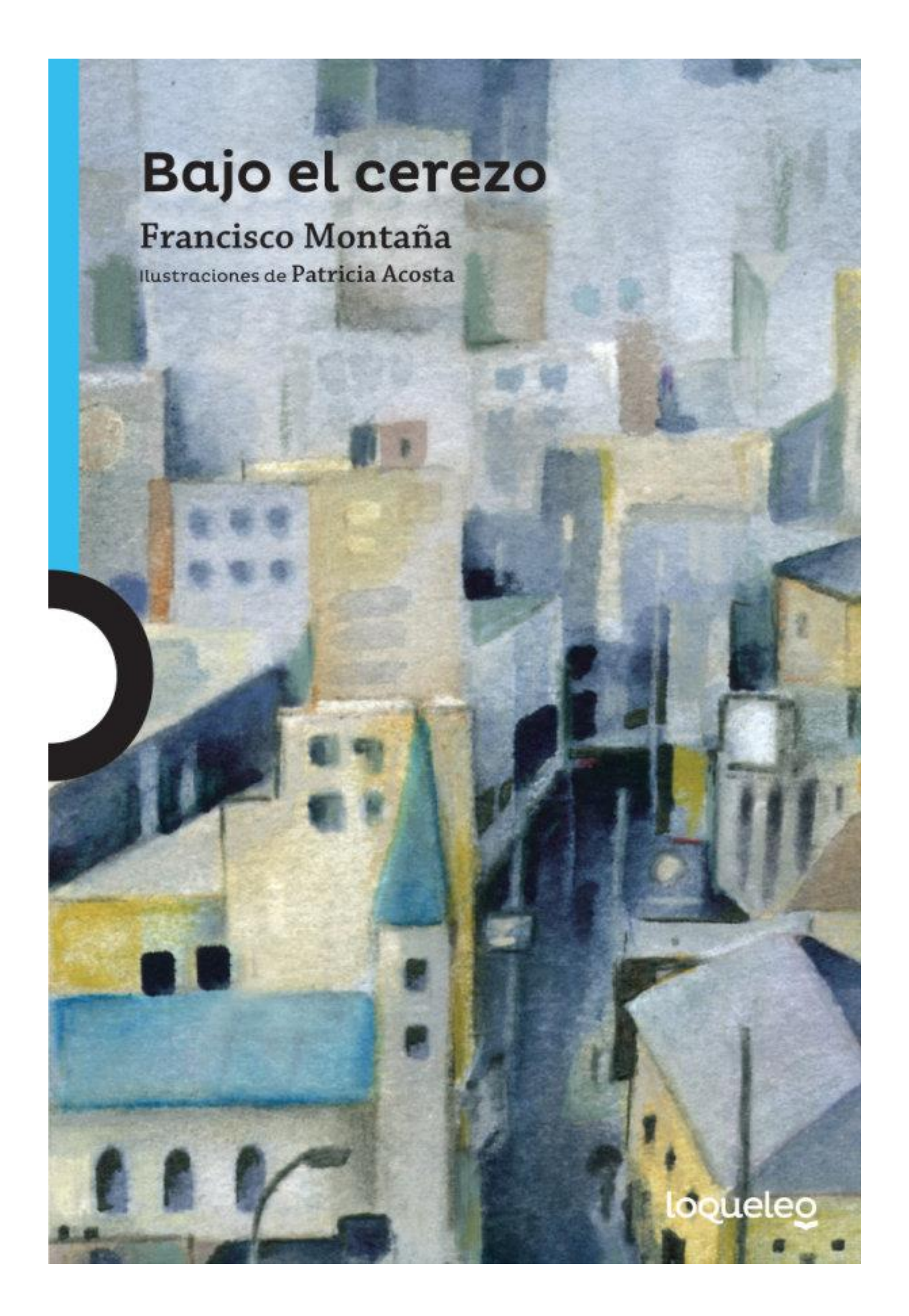
Francisco Montaña

Ilustraciones de Patricia Acosta

Adaptación a pdf por Etralo

ISBN: 978-607-01-2859-2

Montaña, F. (2015). *Bajo el cerezo* (1ra Edición). Santillana.


Bajo el cerezo
Francisco Montaña
Ilustraciones de Patricia Acosta
loqueleo



Bajo el cerezo

Francisco Montaña

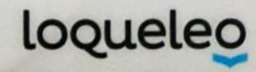
Ilustraciones de Patricia Acosta

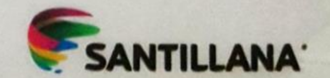


Cristina ha llegado a pasar vacaciones con su tía en Bogotá. Pero la ciudad no es como era antes, ahora todo el mundo tiene miedo y, además, todo cambia con una tremenda velocidad. Incluso Cristina, quien empieza a descubrir sensaciones que nunca antes se había imaginado. Un cúmulo de novedades y encrucijadas que Cristina vive con apasionada intensidad serán, pues, los recuerdos que se lleve de estas vacaciones.



www.loqueleo.santillana.com



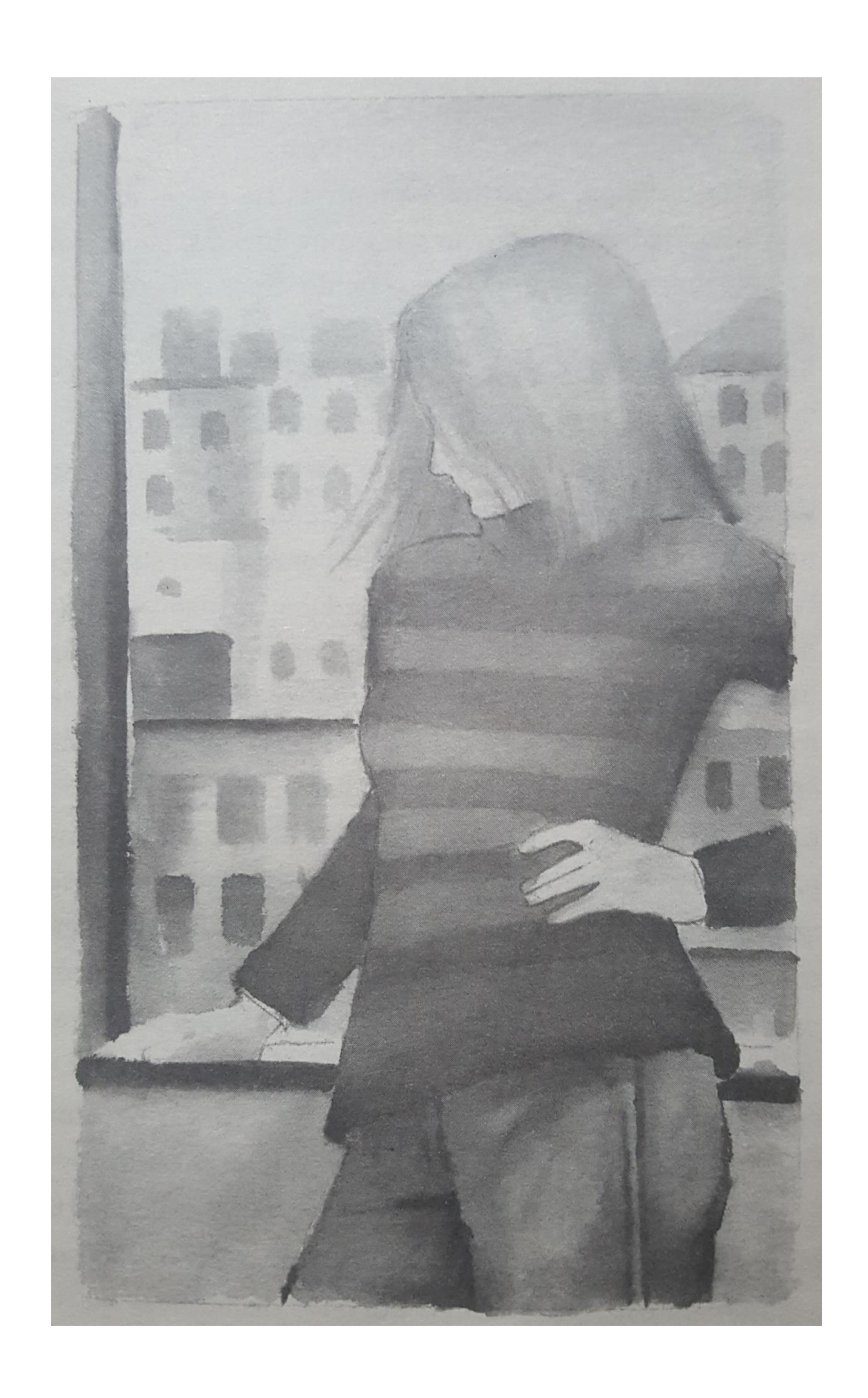


A un recuerdo y su temperatura,
A Jimena por las tardes
Y a Matías por las cerezas

Sin salida

Cristina dejó la huella de su aliento sobre las frías baldosas del corredor que conducía a la salida del edificio. Intentó mirar a través de los vidrios de la puerta, pero el labrado apenas dejaba ver que afuera, en la calle, todavía y por mucho tiempo más seguiría siendo de día. Volvió procurando no pisar ninguna de las rayas que dejaban en la superficie las uniones de las baldosas y se detuvo nuevamente, como lo había hecho durante toda la tarde, frente a las escaleras. Miró hacia arriba, pudo oír voces que se desprendían de una de las ventanas de los apartamentos, pero no alcanzó a entender lo que decían. Escasamente reconoció la voz de un niño. Hubiera querido subir corriendo y descubrir la puerta tras la cual vivía el que podría ser su amigo durante esas vacaciones, pero algo la hizo detenerse.

Cristina no entendía por qué los últimos días siempre se detenía antes de hacer las cosas. Primero pensó que la causa de su extraño comportamiento podía ser la ciudad. Realmente siempre había vivido en ciudades diferentes, unas más grandes que otras, pero no se imaginó que ésta, donde no se podía salir a la calle y era necesario esperar a la tía hasta las seis y media de la tarde para asomar las narices a un centro comercial, fuera así. Y si las cosas seguían como iban, lo más seguro es que al terminar sus vacaciones se marcharía sin haberla conocido. Pero muy pronto también pensó que una ciudad a cuyas calles no había salido no podía, de ninguna manera, influir en ella. Tal vez el edificio o el cuarto donde estaba durmiendo, las costumbres alimenticias de su tía, o el silencio que se alargaba eterno cuando sentía que sus huesos abandonaban su cuerpo a causa de la



inactividad, podían hacer que el carácter arriesgado, que entendían en ella quienes la conocían, se hubiera mudado a esta extraña tibieza lenta y suave.

Se dejó arrullar por la sensación y volvió al apartamento. Todo estaba tal como lo había dejado un par de horas antes. Se asomó a la ventana, y el jardín que su tía consideraba un privilegio solo ofrecía a una mujer vestida de blanco que iba y venía empujando un coche por el camino adoquinado. Si por lo menos el resto de niños que vivían en el edificio estuvieran como ella en vacaciones, seguramente estaría en el jardín jugando y allí no la detendrían la prohibición de su tía ni el frío. Levantó su mirada y vio las formas de las nubes; su reflejo estaba en la ventana. La tía tenía razón. Estaba cambiando, había crecido, el pelo le caía lacio sobre los hombros, casi todas las faldas le quedaban chiquitas y apretadas, las camisetas también. Afortunadamente la tía tenía tendencias compulsivas, y como no sabía muy bien qué hacer con su sobrina, se tranquilizaba gastando dinero, de manera que Cristina tenía ya tres mudas completas que se acoplaban a su nueva fisonomía y al clima de la ciudad.

Tal vez eso era lo que la había vuelto prudente: crecer.

El frío no le gustaba. La mayor parte del tiempo había vivido en ciudades de clima medio o con estaciones, pero una que otra vez había pasado temporadas con su tía en la ciudad fría, y cuando las recordaba incluso pensaba que había pasado unas vacaciones maravillosas. Pero la última vez que eso ocurrió tenía cuatro años menos y su tía vivía en una casa en las afueras de la ciudad, donde crecían niños silvestres por todos lados. Aquella vez todo había sido gritos, carreras, juegos, y ahora, cuando sus padres le propusieron pasar dos meses con su tía, pensó que las cosas iban a ser como entonces. Se llevaba bien con ella y de todas maneras habría

entendido que la propuesta no le dejaba ninguna alternativa. Debía pasar vacaciones con la tía y pensó que serían lo mejor posibles. Pero las cosas no funcionaban. En otra época, hace no tanto tiempo, al cabo de unos días ya habría tenido por lo menos un amigo, habría conocido varias casas, haría planes por la mañana. Pero ahora, lo único que había conseguido era conversar con los porteros del edificio encargados por la tía de evitar que saliera a la calle. Estaba encerrada. Ésa era la verdad. Y una niña encerrada, aunque la tía se empeñaba a creer que Cristina ya no era una niña, se aburría, y mucho.

Abrió la ventana y sintió sobre la cara el viento frío que bajaba de las montañas, se quedó en un momento y la cerró cuando sintió que sus mejillas ardían de frío, Se miró al espejo: estaban rojas.

Al otro lado de la puerta

— Julieta, que por favor pase por la oficina de Eduardo

— le susurró al oído con una sonrisa burlona su amiga, la gorda Sofía, que se alejó contoneando las caderas en un ridículo gesto que Julieta no entendió.

Se acercó despacio a la oficina. Se detuvo frente a la puerta, tomó aire y antes de que se decidiera a entrar, ésta se abrió y se encontró de frente, muy de cerca, con Eduardo.

"Huele mal", pensó Julieta, y como suponía lo que iba a ocurrir estuvo a punto de decir algo que lo anticipara.

— La estoy esperando hace más o menos dos horas. ¿Dónde se había metido... si me es permitido saberlo…? — bufó Eduardo haciéndola entrar.

Julieta se acercó al escritorio y esperó a que su dueño se apoltronara en la enorme silla. Pero eso no ocurrió.

— Casi es hora del almuerzo — dijo el hombre y Julieta no supo si se trataba de nuevo de un reproche.

— Ya sé. Qué pena. Pero de todas formas anoche estuve aquí hasta casi pasada la medianoche.

— Doce y quince, para ser exactos — sonrió Eduardo.

— ¿Está vigilando mis horarios? — gruñó Julieta dispuesta a no claudicar en algo que era un privilegio, pero que ella había impuesto como condición al entrar en la empresa.

—No, para nada. Es solo que me cerró la puerta del ascensor en la nariz, pero no importa. No la estoy esperando para hacerle reproches. Nadie tiene nada que objetar sobre su trabajo, y mucho menos yo. — Eduardo hizo una pausa, caminó dos pasos hacia el escritorio, pero se arrepintió y volvió hacia la salita —. Pero venga, siéntese. Le hablaba de la hora del almuerzo porque yo también me guardo mis privilegios — le guiñó el ojo —: tengo unas ganas horribles de tomarme una ginebra y la estaba esperando para invitarla.

Julieta se había sentado en la punta del sofá y no sabía qué hacer

—Gracias, pero realmente es temprano para mí—contestó sin destrenzar las manos que sostenía firmemente amarradas sobre su regazo.

— Bueno, tendré que tomármela solo — dijo terminando de servir un vaso con *gin and tonic* —. Realmente — continuó haciendo sonar los hielos en el vaso —, no la estaba esperando solo para pedirle que me acompañara en este pequeño placer de la mañana. También tengo que hacerle una propuesta. Casi pedirle un favor…

Levantó la bolsa de su escritorio y salió sin despedirse de nadie. Necesitaba pensar, se sentía nerviosa y sabía que en ese estado no podía hacerlo con claridad, de manera que necesitaba calmarse. Por lo pronto, encontrar que en el sótano el carro nuevo, gris metálico, la estaba esperando, la hizo suspirar con relativo alivio. Si antes de oír lo que acababa de oír hubiera tenido que evaluar su vida, habría dicho que las cosas no estaban mal. En cuatro años se habría hecho propietaria de un carro tal como lo había soñado y vivía en el apartamento más hermoso que encontró.

Volviendo al centro de las cosas

Los libros no eran exactamente la pasión de Cristina, sin embargo, había aprendido a quererlos porque sus papás vivían sumergidos en ellos. Su casa, cuando lograban establecerse en alguna ciudad durante más de un año, parecía, más que una librería, una bodega de libros. Si alguien quería comer sobre una mesa, tenía que esforzarse por conseguir un lugar apartado de libros y volviendo a acomodar las torres que amenazaban con derrumbarse y lanzarse a invadirlo todo. Cristina no era una gran lectora. Siempre había preferido ver imágenes que letras. Así que tener que recomendarle a su tía una lista interminable de títulos, tan amplia como el cupo de su tarjeta con el fin de actualizarla en su pasión olvidada, no le parecía un plan divertido. A pesar de que la empresa le hacía torcer la cara en un gesto de desagrado, cuando recordaba que estaba fuera del edificio de la esquina, se componía llena de alivio. El problema consistía en que su tía no solo pretendía que Cristina la actualizara en los títulos que suponía obligatorios, sino que además insistía en leer una gran parte de ellos en la librería para asegurar que su compra sería disfrutada. El asunto la ofendía doblemente. Por un lado, sentía que sus recomendaciones, a pesar de ser solicitadas, no eran atendidas, y por el otro, estaba convencida de que todo no era más que una farsa y una irremediable pérdida de tiempo que podría estar aprovechando en otra cosa.

— ¿Te quieres ir?

— No, tranquila, sigue leyendo.

— Ah, es que me pareció que estabas pateando el piso porque te habías aburrido. ¿No te gustan los libros?

— Estoy bastante acostumbrada a quitarlos de las sillas. No sé si a eso le puedas decir "gustar" — respondió Cristina y vio cómo Julieta dejaba pasar la agudeza y se sumergía, o pretendía hacerle creer a ella y al señor de chaqueta de pana, que se sumergía muy interesada en una página cualquiera, escogida al azar del último libro que Cristina le había recomendado.

— No parece ser muy interesante — dijo en voz alta, dirigiéndose de nuevo a Cristina, aunque ella sabía que su tía no le hablaba a ella, sino a otra persona: el de chaqueta de pana y barba corta que esculcaba en la misma estantería que ellas. Cristina levantó los hombros como respuesta. Era desagradable. Cada vez que un adulto hacía eso en su presencia sentía ganas de delatarlo. Lo había hecho un par de veces con su mamá, pero con Julieta no se atrevía. Otra vez se dio cuenta de que algo le impedía hacer lo que se le daba la gana naturalmente, como lo había hecho siempre.

— Por lo que veo, el argumento parece forzado y la relación entre el conflicto político y la trama amorosa no es tan fácil — continuó Julieta levantando los ojos y encontrándose casualmente con la mirada del hombre de zapatos de gamuza que despedía un fuerte olor a tabaco perfumado.

— No es la mejor novela de Jonson; si quiere conocer al autor podría empezar por otra cosa — dijo el hombre acercándose a Julieta. Cristina había oído esa frase en su casa, pero también había oído que si no se leía ese libro el autor podría pasar por un diletante mercachifle. Ése era un argumento importante para conocer a un autor, de manera que no entendía lo que el hombre había querido decir y quiso



aproximarse. Pero él estaba tan cerca de Julieta que, si le pisara la punta del pie y la empujara, la haría caer sin remedio, como habían caído los más grandes; al entenderlo se acomodó detrás de ella para poder maniobrar y acudir en su ayuda, si tal era el caso.

— ¿Nos conocemos? — sonrió Julieta.

— Creo que sí. Yo era consultor de la firma donde usted trabaja.

— Ah, claro, en el proyecto de Escuelas Circulares.

— Si.

— Qué gusto volver a verlo.

— Lo mismo digo. No sabía que le gustara la literatura.

"Hay muchas cosas que no sabe", habría respondido Cristina, pero en cambio se oyó decir un tono e incoherente:

— Me encanta, toda la vida he leído mucho, mi hermana es especialista en literatura africana…

— De verdad, si quiere conocer a Jonson — dijo mostrándole el libro —, puede empezar por esta novela. Es corta y la trama es divertida.

— ¿Usted cree?

La pregunta de Julieta fue el principio del final, o del principio: depende de cómo y quién lo quisiera ver.

Lo cierto es que a partir de este momento Cristina empezó a entender lo que significaba ser apartada, definitivamente, del centro de atención. De las recomendaciones literarias pasaron a la situación del país y encontraron que

tenían una enorme cantidad de ideas en común, razón por la cual encontraban muy valioso y necesario continuar la conversación.

El hecho tuvo lugar en un restaurante calmado que atendía un amigo de Julieta y donde Cristina había recibido casi toda su alimentación en sus encerradas vacaciones. Allí se dio cuenta de que lo más prudente era conversar con Fabrizio, el italiano dueño del restaurante, y dejar que los nuevos conocidos se mostraran el uno al otro tan inteligentes y sorprendidos por el otro como fueran capaces.

Masticándose la mano, se alejó hacia la barra. El mostrador de madera la invitaba a recostarse y pedir una bebida como lo hacía su papá, pero ella no bebía, detestaba el alcohol. En cambio, Fabrizio le encantaba. Era una persona de pocas palabras, pero clara como ninguna. Cristina esperaba que todo el mundo fuera así de claro, o por lo menos, un poco menos confuso. Se le había metido en la cabeza pensar que a medida que la gente crecía, se hacía menos clara, y una de las cosas que más miedo le daba de crecer era dejar de entender lo que ocurría. Al verla venir, Fabrizio dejó de secar la copa que tenía en la mano.

—¿Aburrida?

—¿Vas a ser mi cómplice?—le sonrió Cristina. Aunque llevaban poco tiempo de conocidos tenían un par de giros que los identificaban. El italiano la hizo entrar tras la barra. Cristina se sintió atravesando el puente levadizo de una fortificación. Le pareció divertido y de repente se sintió alegre. Empezó a hablar. Le habló de su casa, de los animales del barrio, de sus amigas, de sus vecinos, entre los que vivía uno de sus profesores, de su mamá, de sus manías de orden y, por fin, de su encierro. De lo aburridas que estaban resultando unas vacaciones que se había imaginado mucho mejores, o por lo menos no tan malas.

Miró a Julieta.

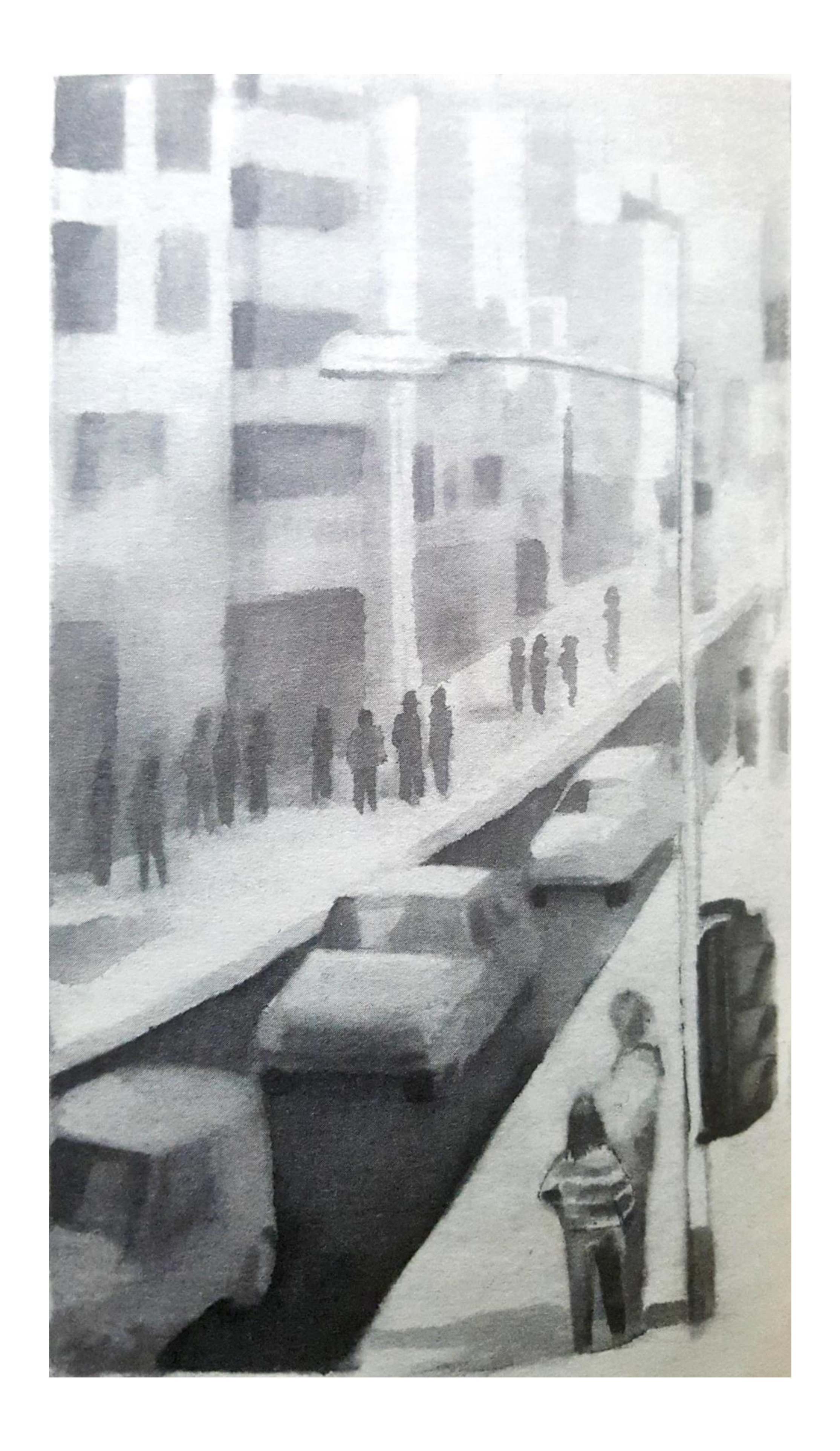
— Dice que soy rara, pero la verdad, yo creo que la rara es ella. — Fabrizio estuvo de acuerdo:

— Es que llegó a los treinta — le explicó su amigo —, es una edad rarísima.

Cristina miró al hombre, que seguía con las manos largas siempre ocupadas haciendo algo mientras hablaba y se preguntó si él ya habría pasado por ese raro momento de la vida.

— Cuando yo tenía treinta estaba en Oslo, vivía con mi familia, mi abuela, mi mamá, mi papá y mis cinco hermanos… — empezó a contar. Resultó ser una historia maravillosa, llena de cosas divertidas y emocionantes. Cristina estaba extrañada de haberle entendido todo, porque usualmente el italiano confundía su lengua materna con una de las muchas más que decía saber; al parecer, contar la historia de su vida le quedaba tan fácil que se volvía fluido. Infortunadamente para Cristina, el relato de Fabrizio fue interrumpido por la llegada de más clientes que, muy pronto, ocuparon toda la atención de su amigo. El don de la palabra lo tenía ahora el hombre de la voz grave que no paraba de usarla, ni Julieta de seguirlo.

Al terminar de hablar se levantaron y fueron hasta la caja a pagarle a Fabrizio. Cristina estaba a punto de quedarse dormida viendo el monitor amarillo de la televisión que Fabrizio guardaba bajo el lavaplatos. A pesar del cuidado que Julieta había tenido para justificar su temor de que la niña circulara por las calles, caminaron hacia el edificio, asunto que a Cristina la distrajo bastante.



Al llegar a la portería, el nuevo amigo con alegre cortesía declinó la invitación a entrar. Así que se quedaron un buen rato buscando una disculpa lo suficientemente original para que su siguiente encuentro fuera el resultado de una necesidad o de una casualidad bien pensada. Cristina aprovechó para husmear por los alrededores del edificio sin decidirse a entrar. Descubrió un par de antejardines y un pequeño parque donde el único árbol estaba rodeado de concreto. No se atrevía a alejarse demasiado, de manera que iba y volvía constantemente pasando frente a la pareja.

— Pensé que te morías por llegar — la detuvo en una de sus vueltas el hombre de pantalón de pana, mientras le sonreía a Julieta como si hubiera descubierto algo increíblemente misterioso.

"Si le preocupa que esté oyendo su conversación, quédese tranquilo: no me interesa", habría querido responderle, pero simplemente le dejó caer un sólido y rotundo:

— ¡No!

De cualquier modo, le aburría más entrar al edificio que quedarse al lado de ellos. Para demostrarlo giró sobre sus talones y avanzó hasta el ascensor, pero en lugar de llamarlo para subir, dio dos saltos y volvió a salir pasando entre ellos. Su tía pensó que debía intervenir.

— ¿Qué te pasa…? — preguntó elevando la voz en un tono irritante.

El hombre la tomó del brazo:

— No te afanes, esas cosas son normales a esa edad.

Cristina pensó que se le iba a reventar el cerebro. Hacía mucho tiempo no sentía tanta rabia junta y miró fulminando al hombre.

— Yo lo tengo que sufrir en carne propia — continuó con un detestable tono de confesión.

— ¿Verdad? — le interesó la tía volviendo a olvidar a Cristina. El centro de su atención estaba nuevamente en algún lugar del rostro del hombre situado exactamente entre la barba y la nariz.

— Claro — continuó el hombre —, Fidel, mi hijo, tiene exactamente la misma edad.

— Se llama igual que tú — observó con astucia la tía.

Cristina había encontrado, al fin, algo importante en la conversación de los mayores y detestó a su tía por milésima vez. Gracias a ella la conversación se había desviado hacia los nombres. Estaba tan nerviosa que mencionó lo inconfesable, sus cuatro nombres seguidos que parecían una pila de ladrillos de distintos tamaños, puestos unos sobre otros: Ana Cristina Carolina Juliana. Los pronunció dándole una extraña unidad al sonido de su identidad, pero su imprudencia obtuvo como respuesta un gesto amable de parte de Fidel, cosa que para nada no esperaba. Sin embargo, el hombre, como si de verdad entendiera el tedio de Cristina, sobre el que sin duda ya habían hablado, continuó:

— Si, los nombres son extraños. Mi hijo es el tercer Fidel Zamora que nace en la familia. Pero me parece que podrían conocerse. ¿Quisieras conocer a Fidel? Es de tu edad — se dirigió a Cristina —. Pueden ir al cine, o a la montaña. Nadie mejor que Fidelito para orientarse en las montañas.

—¿En las montañas? —intervino Julieta—, ¿sale a caminar por las montañas?

—Sí. Hasta yo he ido con él. No hay problema. Conoce muy bien los horarios y las zonas. Si quieren salir a caminar, no hay peligro.

— También podríamos ir al cine… — observó tímidamente Cristina.

— ¡Claro! — exclamó Julieta como si hubiera descubierto una posibilidad nunca antes contemplada. Miró a Cristina, le acarició la cabeza y le sonrió nuevamente a Fidel. El hombre sacó una pequeña libreta forrada en cuero. Escribió con una elegante pluma el nombre de su hijo, arrancó una hoja de papel grueso y se lo entregó a Cristina.

— Llámalo mañana. Yo esta noche le cuento. Se va a poner feliz. Le encanta hacer de guía.

Cristina recibió el papel, pero la última información agrietó la alegría que había sentido por conocer a alguien de la ciudad. La idea de contar con un guía la hacía sentir extranjera, inválida e inútil y, aunque eso fuera lo que ocurría, no le alegraba mucho conocerlo. Además, consideraba que sólo necesitaban guía quienes no eran capaces de lanzarse a la aventura, y ella siempre había estado dispuesta a hacerlo. Agradeció de todas formas el ofrecimiento y entró al edificio.

Julieta y Fidel se quedaron afuera un rato más sin decidirse a entrar hasta que por fin, riendo por hacer vista en la calle, decidieron subir a tomar café y mirar la ciudad desde la terraza.

Casualmente Cristina estaba ahí, mirando la ciudad y escribiéndole la primera carta a su mamá. Discretamente los dejó solos y se encerró en su cuarto. Se quedó mirando el techo hasta dormirse sin terminar la carta.

El cielo azul, la nube gris

Cristina removió por cuarta vez el cereal con la cuchara, miró por la ventana de la cocina y descubrió una enorme nube. A su lado, Julieta, frente a una enorme taza de café y al periódico abierto, se revisaba las pestañas con la ayuda de un pequeño espejo.

— ¿No tienes hambre? — se interesó Julieta al oír nuevamente el cuchareo.

— No mucha.

— Deberías comer. Si vas a salir es mejor que estés preparada.

Cristina miró a su tía, que se escondió de nuevo tras el espejito, y la detestó. No entendía por qué, si antes la adoraba.

— Es que no quiero salir — mintió.

Julieta se detuvo nuevamente, la miró, tomó un sorbo de café e iba a continuar maquillándose, pero decidió hablar.

— Te está pasando algo, Cristina. No entiendo cómo una niña de tu edad puede aburrirse de esa manera.

Cristina miró a su tía y le pareció increíble el comentario. ¡Cómo era posible que la persona que había convertido sus vacaciones en un encierro le pidiera explicaciones sobre su aburrimiento! No lo pudo soportar más.

— Creo que a cualquier edad es aburrido estar encerrado. Me habrías podido avisar que vivías en un apartamento y que no tenías tiempo. Hubiéramos escogido otro lugar.

— No. Quería verte. Hace cuatro años no te veía.

— Pues juntándolas, creo que nos hemos visto unas diez horas en quince días; sin contar con tu afición por las compras, estas vacaciones han sido las peores de mi vida.

Cristina le hablaba directamente a su tía, mirándola a los ojos, desafiante. Julieta, quien en realidad no pensaba ser tan mayor que su sobrina, se sintió un poco intimidada.

— ¿Y qué hubieras querido hacer?

— No sé. Montar en bicicleta, salir a comer helado, ir al cine. Pasear por la ciudad...

— La ciudad está sitiada por la guerra. ¿Sabes lo que eso quiere decir?

— No, no sé — bufó y se quedó pensando si valdría la pena soltar el "¡y no me importa!", pero su tía se adelantó:

— Pues que se convirtió en una jaula de hampones. Lo más fácil es que te roben todo lo que tienes. Eso sin contar con que cada día amaneces con el terror de que la guerra va a llegar hasta la puerta de tu casa. Tienes que entender que esto no es Europa.

— Por eso. Como no quiero que me pase nada peor de lo que me está pasando, prefiero quedarme. No quiero salir.

— ¡Pero al fin qué! Que salgas con el hijo de Fidel está bien. No le veo ningún problema, pero sola, no. No sabes moverte, esto está muy raro....

Ya no es ni la sombra de lo que conociste cuando viniste la última vez; ya ni siquiera existen las mismas calles. Entiende, es de verdad muy, pero muy peligroso. Todas las familias que vivían en el edificio con niños se han tenido que ir del país por amenazas de secuestro, por no contarte cosas peores.

— No entiendo entonces cómo puedo salir con el hijo de Fidel.

— Pues porque él conoce la ciudad.

— No quiero.

— Te estás portando como una niña.

— Soy una niña, tía. ¿No te das cuenta? ¡Soy una niña!

Cristina sintió unas irremediables ganas de patear, gritar y llorar, pero sólo hizo lo último mientras se levantaba furiosa y corría a su cuarto a encerrarse.

Después de un prudente momento, Julieta de acercó a la puerta cerrada y tocó.

— Cris, Cris... — Así la llamaba cuando era chiquita —. Perdóname. No me imaginé que tuviera tanto trabajo... — Cristina no respondía —. Si no quieres salir, no salgas. Pero si sales, déjame una nota y cómete algo antes. No desayunaste y eso no es bueno, tú sabes. — Cristina soltó un sollozo —. Lo que menos quiero es que te aburras.

— Sí, me doy cuenta — susurró con la cabeza tan sumergida en la almohada que difícilmente la tía pudo haberla oído.

Julieta dijo un par de cosas más a través de la puerta, pero cuando consideró que había llegado al límite de su capacidad para rogar, se alejó en silencio.

Después de estar segura de que Julieta se había ido, se metió a la ducha. El timbre del teléfono la sacó del agua.

Era Fidel, que había sido advertido por su padre. La conversación telefónica duró poco, y a media mañana ya estaba con Cristina en la terraza del apartamento de Julieta mirando la ciudad.

— ¿Qué quieres hacer? — le preguntó Fidel.

Cristina miró el aire claro que circulaba por la ciudad, sintió el sol tibio que se esforzaba por calentar el frío de las montañas, y lo único que se le ocurrió fue desayunar, pero después de tantos días de encierro, desayunar no era exactamente una actividad emocionante, de manera que prefirió irse por las ramas:

— No sé. Lo que quiera. — Le costaba mucho tutear a la gente del sexo contrario. Prefería siempre el usted: le parecía más seguro, directo y claro, y adoraba la claridad.

— Podemos ir a caminar, podemos ir a ver un campeonato de natación, podemos ver qué hay en el cine, podemos comer helados… hay una heladería alemana nueva que parece deliciosa… Tu verás.

— No sé, de verdad. Ayúdeme. Hace tanto que no salgo que me da igual. Decida usted. Cualquier cosa está bien con tal de salir.

— Bueno, listo. Entonces vamos.

Cristina corrió a su cuarto, se puso la chaqueta roja que su tía le había regalado y no había podido estrenar, y comprobó que ese color realmente le quedaba bien. Al verla, Fidelito estuvo a punto de decirle que pensaba lo mismo, pero se sintió apenado y prefirió volver al puerto seguro de la honestidad formal.

— Me alegra conocerte. Mi papá me dijo que estabas muy aburrida. — lanzó, haciendo énfasis en un tono salvador.

— Vamos a hacer una cosa — saltó la niña —. No nos tuteemos, ¿sí? Y para empezar bien, espero que usted no sea de los que se ponen a hablar de política, como si a los trece años fuéramos adultos. Yo no soy adulta, no me interesa parecerlo ni jugar a serlo. Además, no estaba tan aburrida.

— Yo tengo quince — corrigió Fidel y no supo qué más decir.

Se quedaron callados un buen rato. El bus al que habían subido avanzaba lentamente por el tráfico. Fidel se quitó las gafas que se le empañaban con el calor de su cara y se secó el sudor que le escurría por las sienes.

— Aquí nos bajamos — anunció Fidel y con un grito convenció al conductor de detener el bus. Para seguirlo Cristina tuvo que apretar el paso, y cuando por fin se detuvo, estaba bajo un paraguas de colores.

— Siéntese — ordenó Fidel indicándole una silla. Al momento volvió con un par de hermosas copas de helado —. Pistacho y fresa — anunció dejándole al frente la suya. Cristina asintió, suspiró y miró un momento a Fidel. Las gafas no le quedaban bien, tenía la nariz demasiado grande y las orejas sobresalían entre su pelo negro y largo. Al sentirse observado, el niño le sonrió.

— ¿Le gusta?

— Sí. Está delicioso.

— Por qué dice mentiras. No lo ha probado.

Cristina miró la copa intacta de helado y sonrió. Tomó un poco con la cuchara y lo probó. Estaba realmente delicioso, de manera que se dedicó a

comérselo sin decir una palabra más. Cuando terminaron de comer, el cielo se había cerrado un poco, pero sentir el estómago lleno le ayudó a levantar el ánimo.

— Estaba delicioso. De verdad, muchas gracias.

— Sí. Me encanta el helado. Pero no puedo comer mucho.

— ¿Por qué?

— Me broto. Me salen unos barros inmundos en la cara.

Cristina no lo había notado, pero ahora que lo oía, se fijó en un par de puntos rojos bajo el labio inferior.

— Duelen mucho — continuó Fidel —. ¿A usted no le salen?

— No. Por suerte — suspiró Cristina.

— No a todo el mundo le salen. A mi primo, por ejemplo, que tiene treinta años, no le salieron nunca. En cambio, a mi mamá todavía le salen. Es un misterio.

Se quedaron un momento en silencio. Cristina vio a una pareja de universitarios tomados de la mano atravesando la calle que al llegar a la otra esquina se besaron con pasión y desparpajo. Cristina se sintió incómoda.

— Les encanta mostrarle a todo el mundo que tienen novia — observó Fidel, que también los había visto.

— Seguramente — balbuceó Cristina, que había sentido un hueco en el estómago con el espectáculo.

— Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

Cristina sonrió y levantó los hombros:

— No se me ocurre nada, qué pena. Si quiere vamos a ver la competencia de natación… ¿Le gusta la natación?

— La verdad, no. Pero como no la conocía, esta mañana miré el periódico para tener todos los frentes cubiertos. Por ejemplo, si quiere ir al cine, tengo el recorte de las películas, si quiere ir a un museo o algo así, también… Podemos hacer cualquier cosa.

Con la barriga llena de helado lo único que se le ocurría era jugar a la lleva, o montar en bicicleta, pero realmente con Fidel, sus gafas y sus quince años, no parecía muy posible esa alternativa. Correr, correr, gritar y sudar. Eso era lo que quería.

— Tengo que pasar donde un amigo a recoger un disco, ¿vamos?

— Claro.

Se levantaron y caminaron por una avenida. Conversaban cuando el ruido de los carros se los permitía.

— ¿Le gusta la ciudad?

— Me gusta el cielo. La ciudad no la he visto todavía.

— Bueno, lo que ha visto.

Ruido de carros.

— ¿Viven juntos?

— Si. A todo el mundo le parece raro. Hasta a ellos.

— ¿Y por qué no pasan juntos las vacaciones?

— Ellos se la pasan trabajando. Y casi siempre en verano los invitan a conferencias… creo que prefieren ir solos.

Ruido de carros.

— Me dijo que era imposible salir sin que me atacaran o me pasara algo peor.

— Exagerada.

— Cada vez me parece más. Antes no era así.

— ¿Qué le pasó?

Ruido de carros.

— Es lo mejor que tiene mi colegio. Una cancha de básquet cubierta. Hacen campeonatos.

— Y, ¿usted juega?

— ¿Básquet? No. Soy muy malo para todos los deportes. Si me quito las gafas no veo nada, si me las dejo no me puedo mover porque se me caen. Y ¿usted?

— No me gusta. Prefiero el futbol y el voleibol. Pero lo que más me gusta es correr.

— ¿Verdad?

— Me encanta. Soy la mejor del colegio. Querían mandarme a un campeonato.

Ruido de carros.

— ¿Novio?

Ruido de carros.

— ¿A su tía le gustan mucho los libros?

— Ayer le gustaban mucho.

— A mi papá le encantan. Es profesor de literatura.

— Pobre.

— ¿Por qué?

— No sé, Eso dice mi profesora de literatura, que todos los profes de literatura son unos pobres.

Ruido de carros.

— Mucho calor.

— Pero estoy acostumbrada. No es tan difícil.

Ruido de carros.

— ¿Montar en cicla?

— Claro. Hay unas carreteras muy bonitas.

— ¿Y no son peligrosas?

Ruido de carros.

— Es un payaso.

Salieron de la avenida y el ruido de carros se fue alejando poco a poco. El cielo estaba azul y la nube gris se había alejado. Cristina miró a su nuevo amigo y le sonrió. Hubiera querido tomarlo de la mano y salir corriendo con él, pero se contuvo.

— ¿Falta mucho?

— ¿Está cansada?

— No. Para nada. Gracias por el helado.

— Ya me lo había dicho, pero otra vez de nada — Fidel le sonrió y Cristina vio cómo sus ojos brillaban detrás de las gafas —. Ya casi llegamos. Es a tres cuadras.

Un pájaro sí hace tormenta

— ¡Es un pobre pajarraco!

Julieta corría por el corredor del edificio sacudiendo a un lado y otro el bolso. Sofía la alcanzó y sujetándola del brazo la obligó a detenerse.

— Se está portando como una niña. ¡Cálmese…!

— ¡No puedo, Sofía! ¡Es un atrevido, un deshonesto y además un imbécil!

— Todo el mundo lo sabe. Por eso no merece su ira.

Julieta miró a su amiga. Ver el rostro ancho y sonriente de Sofía, a quien parecía que nunca le pasaba nada, la tranquilizó.

— Es un maldito — repitió Julieta un poco más calmada.

— Sí.

Julieta miró nuevamente la cara de su amiga y se acordó de su sobrina. Tenía que llamar para saber si había salido y si era necesario llamar a Fabrizio para que le llevara comida al apartamento.

"Pobre criatura", pensó mientras marcaba. "Tal vez tiene toda la razón, no la he debido hacer venir. No parece que lo esté pasando muy bien. Además, ya no es una criatura… tiene un cuerpo divino", se corrigió inmediatamente.

— ¿Vamos a almorzar juntas? — le preguntó a su amiga después de comprobar que su sobrina había salido.

— Claro. Pero antes va y le dice a Eduardo lo que decidió.

— No, todavía tengo que pensar.

— Pero ¿qué fue lo que pasó?, ¿qué le dijo?

— No le puedo contar, Sofía, no me agobie — suplicó Julieta.

— Le propuso que se acostaran — adivinó Sofía — o que se casaran.

— No sea boba. Es muy delicado. Además, al final no me dijo nada claro.

— Ah, ya sé. Le propuso que manejara la comisión de la licitación — concluyó Sofía —. Hace días está buscando quien le haga el trabajito. — Julieta se quedó mirándola con los ojos abiertos como platos —. ¿Qué? ¿Le parece raro?

— ¡Maldita sea! — chilló Julieta.

— Es un pajarraco, usted lo dijo.

El camino no es tan largo

La conversación que Cristina tuvo con su tía no fue nada amable. Julieta la invitó al cine con Fidel, pero la niña se negó rotundamente argumentando que estaba cansada y que ya había ido al cine, ambas cosas eran ciertas, pero Julieta pensaba que ninguna de ellas era suficiente para negarse a salir con una persona amable con ella.

— Bueno, por lo menos ahora ya no estás aburrida, sino cansada — ironizó Julieta.

— Sí, por lo menos — respondió la niña sin levantar los ojos.

— Es posible que el fin de semana salgamos a la ciudad.

— ¿Verdad? — preguntó con los ojos iluminados. No había nada que la emocionara tanto como sentarse en un automóvil con la idea de iniciar un viaje. Le encantaban las carreteras, comer en los caminos, detenerse a ver paisajes, dejar que el tiempo pasara, como si todos los destinos se hubieran dejado en casa y se pudiera avanzar sin compromisos hasta que después de muchas horas de rodar, se llegara a un lugar donde todo fuera nuevo, donde nada se esperaba. Amaba las carreteras y los viajes.

— Sí, es posible que vayamos con Fidel y Fidelito.

— ¿A dónde?

— Donde queramos. Es un plan hasta ahora. Tierra caliente, tierra fría…

— ¡Caliente, caliente! — aplaudió Cristina.

— Bueno, ya veremos — sonrió —. ¿Cómo te fue con Fidelito? — cambió de tema, alegre de haber roto la concha en que se sumergía su sobrina.

— Bien. Estuvimos donde unos amigos de él viendo videos y caminando.

— Ah, qué bueno… — Julieta apreció no encontrar nada más que decir. Se quedó callada pensando en la repugnancia que sentía.

— ¿Te gusta Fidel? — la interrumpió Cristina.

Julieta tardó en recuperarse y responder. Aceptó que le parecía una persona interesante, con quien podía hablar y pasar bien el tiempo. Pensó que si no aceptaba manejar la comisión se podía quedar sin empleo. Podría hablar con el dueño. Tal vez no fuera una política oficial…

— ¿Qué van a ver? — preguntó Cristina después de un rato de silencio. En estas vacaciones se había acostumbrado a que su tía se quedara callada pensando sus cosas, pero la propuesta del paseo la había animado. Incluso estaba reconsiderando la posibilidad de acompañarlos al cine para conocer más detalles.

— Ah, no sé. Fidel no ha llamado. De pronto nos vamos. Lo que quería era salir contigo, pero si tú no quieres, yo también estoy cansada. Y tengo una cosa que hacer.

— ¿Vas a salir?

En ese momento sonó el teléfono. Las dos se lanzaron sobre el aparato como adolescentes. Ganó Julieta. Saludó rápidamente y al reconocer la voz de su hermana decidió no perder el tiempo: mientras le alcanzaba la bocina, le anunció a su sobrina que saldría un rato y que volvería para ir a comer con ella donde Fabrizio.

Las conversaciones que Cristina tenía con sus papás durante las vacaciones se limitaban a la transmisión de información vital. Existía entre ellos un acuerdo que consistía en guardar los relatos valiosos para cuando pudieran verse las caras y las manos. Entre tanto, eran suficientes frases como: "sí, he comido", o "volamos el viernes", "hace mucho calor", "la conferencia salió bien", "nos haces falta". También se escribían cartas. Pero una carta requería de muchas cosas para contar y Cristina no quería ponerse a inventar. No eran muchas las cosas que le habría podido contar a su mamá y temía decepcionarla. Como parte del acuerdo de pasar vacaciones separados, estaba tácito el reto de volver con cosas interesantes, así, todos sentirían que, a pesar de la nostalgia, había valido la pena la separación. No podía romper con una costumbre tan arraigada en su familia. Así pues, la conversación se limitó a la información: "Estoy bien, Julieta también. Hace frío, también hace calor. La ciudad es muy grande. Hablamos después".

Al colgar confirmó que su tía había salido. Sintió ganas de hacer lo mismo, pero recordó las recomendaciones. Sin embargo, un brillo pinchó su alma escurrida haciéndola saltar nuevamente.

Marcó el número. Por suerte le contestó quien ella esperaba.

— Hola — saludó con la voz más neutra que pudo.

— Hola — le respondió una voz dormida.

— ¿Estaba dormido?

— No… — le mintió alargando la "o" de una manera sospechosa.

— Ah, bueno. Menos mal.

— ¿Por qué? — se decidió finalmente a preguntar Fidelito, procurando alejar de sus labios el bostezo que los redondeaba.

— ¿Se acuerda del restaurante donde le dije que había comido las últimas dos semanas? — preguntó Cristina rastillando el piso con la punta del pie y balanceando su cuerpo.

— Si, detestable. La pasta verde, sobre todo.

— Pues la pasta verde es horrible. Pero esta noche hay un concierto.

— ¿Ah sí? — preguntó con tono incrédulo Fidelito levantándose cada vez más de la cama.

— Sí. Imagínese — gruñó Cristina decidida, sin saber bien por qué, a no ser ella la que diera el primer paso.

— ¿Y quiere que vayamos?

— No… — ironizó Cristina —, lo llamo para que complete su agenda de actividades nocturnas.

— Perdón — recuperó Fidelito —, estaba un poco dormido.

— Ya me di cuenta. Bueno, qué, ¿vamos? — preguntó Cristina.

— Está bien.

— ¿Ya comió?

— No. Casi nunca como por las noches.

— Mejor. Si nos da hambre podemos comer. No todo es como la pasta verde.

Fidelito rio al otro lado de la línea. Cristina sintió de nuevo una sensación de líquido caliente recorriéndole la piel del estómago. Sonrió. Acordaron la hora del encuentro y colgaron.

Una bola de nieve también se derrite

Fidelito se vistió rápidamente y de un salto se dirigió a la puerta de su casa. Su hermanita lo delató con un berrido pidiéndole que la llevara, así que tuvo que explicarle a su papá adónde iba y para qué, asunto que no fue del todo despreciable, pues recibió a cambio una renovación de su capacidad económica.

Cuando soltó el teléfono, Cristina todavía estaba sonriendo, pero tomar conciencia de su sonrisa le produjo una extraña aversión hacia sí misma. La sensación de calor que le recorrió la piel del estómago estaba desapareciendo, pero al quedarse sola y en silencio, maldijo la nefasta idea de invitar a Fidelito a comer, sobre todo porque tarde o temprano se encontrarían con Julieta y ella se daría cuenta. No habría podido decir muy bien de qué se habría dado cuenta, pero fuera lo que fuera preferiría evitarlo. Había algo en lo que acababa de suceder que no la dejaba del todo tranquila. Un nudo en la garganta se mezclaba con el calor.

Mientras esperaba la llegada de su amigo, se quedó mirando al cielo. El apartamento de su tía tenía una ventaja: las nubes. Hacían toda clase de formas. El timbre de la puerta la alejó de sus nostalgias. Saltó hasta el citófono y gritó que ya bajaba, sin dejar que el portero le dijera nada. Abajo la esperaba una sorpresa.

— Ya le dije, señorita — repitió por quinta vez el portero —, doña Julieta me recomendó que no la dejara salir si no estaba con alguien recomendado, y que yo sepa, el joven no lo está.

Fidelito estaba parado con los ojos muy abiertos sin saber qué hacer. Se había imaginado algunas cosas con relación a este encuentro con su amiga extranjera,

pero nunca que el portero no la dejara salir. Era cierto lo que le había contado de la tía y también que tenía que pensar en algo.

— Si no puedo salir, entonces que él entre, ¿sí? No me haga comer sola otra vez por favor — se adelantó Cristina colgándose de la manga del guardia. El contacto surtió efecto y pudieron subir emocionados comentando el suceso.

Al entrar al departamento se demoraron un momento, indecisos, sin saber hacia dónde dirigirse. Fidel miró la sala y se desconoció por un instante. Se sentaron en silencio hasta que el niño recordó algo.

— Ah, mire: le traía esto de regalo.

Era un disco de Supertramp.

Es una remezcla que le hicieron al concierto de París. — Cristina conocía el concierto: su papá se lo había traído de un viaje.

— Sí, ya sé. Gracias — dijo recibiendo el disco.

— ¿Lo conocía?

— Sí. En la versión anterior. Ésta no.

Fidelito recorrió el apartamento buscando el equipo de sonido.

— Está adentro del mueble — señaló Cristina.

— Ah, sí. Pero, ¿quiere oírlo? — se detuvo Fidelito.

Cristina le alcanzó el disco, se lo puso en la mano y le sonrió. El niño le respondió con otra sonrisa que hizo evidente el tamaño de su nariz, pero Cristina volvió a sentir el calor líquido escurriéndose por su estómago. Hubiera querido empezar a saltar, a correr, a tranquilizar sus músculos con explosiones de energía,

pero se quedó quieta en mitad de la sala viendo cómo su amigo encendía la máquina. Cuando empezó a sonar la primera canción fue consciente de que no le había quitado los ojos de encima. Fidelito se le acercó moviéndose como si repitiera algún paso de baile mal aprendido y cerrando los ojos para lograr concentrarse con intensidad en la música. Ella lo esquivó y se acercó de nuevo a la ventana.

Fundamentalmente afuera no había cambiado nada. El parque vacío iluminado con un par de reflectores verdes y una gran reja encerrándolo, continuaba en su lugar. A esa hora de la noche ya no había niñera ni cochecito. Solo una mirla trasnochada salió chillando de un matorral y voló a la montaña superando la verja. Cristina se había olvidado de la música. Pensaba en la maldición que era quedarse encerrada en un apartamento cuando su cuerpo necesitaba estirarse, correr, golpearse contra la tierra y la hierba, bañarse en su propio sudor…

—Tranquila, otro día vamos—dijo Fidelito acercándose suavemente; apenas la jovencita se alejó hacia la ventana, se había quedado mirándola. No entendía por qué se le hacía interesante. ¿Qué podía sacar de eso? ¿Llamar la atención? Pensó en irse. No se le ocurría qué decir ni qué hacer para dejar de mirarle la espalda. Cuando caminaba hacia el edificio de la tía se había sentido un poco incómodo. Primero, había aceptado demasiado rápido la invitación y, segundo, estaba dormido; había podido negarse fácilmente. Sin embargo, tuvo que reconocer que la idea de caminar por la noche para recoger a una niña menor, llevarla a un restaurante y oír un concierto de jazz, había hecho dar un bote a su corazón: era un plan maduro. Miró sus zapatos y dio un brinco. "Ya es hora de empezar a relacionarse de una manera diferente con las mujeres", pensó mientras

conciliaba su imagen de joven maduro con sus tenis rotos. De cualquier manera, Cristina no era una niña común y corriente, y su terquedad por ser considerada una niña, a pesar de su tamaño, le permitían pensar que las cosas no iban a ser tan difíciles. De pronto era como salir con un amigo, sólo que en lugar de empujarse y decirse bobadas… Antes de poder completar la frase había llegado al edificio. "Ser natural", alcanzó a pensar como un conjuro antes de entrar y pedirle al portero que la llamara.

La niña volvió sus ojos enormes hacia Fidelito y se dio cuenta de que estaba comportándose de manera antipática.

— Ah, perdón, es que con la música me quedé pensando.

— Menos mal, me pareció que no le había gustado.

— No, me encanta. Ya le dije que tengo la versión vieja en mi casa; me la regaló mi papá.

— Oiga — invitó el niño sin atreverse a repetir los extraños gestos que había hecho, temeroso de que hubiera sido esa manifestación de compenetración musical lo que le hubiera disgustado a la niña —, ésta es la mejor parte.

Cristina oyó atentamente, se acercó al sofá y se sentó.

— Qué pena que no hayamos podido salir. Pero si está aburrido y quiere irse, no se preocupe, yo entiendo y estoy acostumbrada.

— No, tranquila, puedo quedarme con usted un rato, si usted quiere.

Cristina lo miró como si no considerara importante responder nada. Era obvio que quería que se quedara. El problema consistía en encontrar la manera de soltarse de ese amarradijo que se estaba volviendo cada frase que decían.

— ¿Quiere algo?, ¿una Coca-Cola?

— Bueno. Una Coca. — Cristina se levantó y salió hacia la cocina. Fidelito la siguió —. De verdad, ¿qué pensaba cuando estaba mirando por la ventana? — le preguntó en el momento que el primer chorro del líquido negro y burbujeante cayó en el fondo del vaso. Cristina lo miró intrigada.

— La verdad, ya no me acuerdo — mintió.

Sirvió los dos vasos y miró los ojos transparentes del niño, que recibió uno de ellos.

— Mentiras — confesó —. Pensaba que estoy aburrida. Me gusta salir, caminar, ver gente…

— Claro. Me imagino. Lo que no entiendo es por qué si tía no la deja salir.

— Le da mucho miedo. Dice que me quiere tener viva y a su lado, que en el edificio ya no hay niños porque los papás se los han tenido que llevar del país por miedo. Que todo el mundo tiene miedo.

— Pues yo no tengo miedo. — Fidelito levantó los hombros.

— Yo tampoco, pero eso dice mi tía. Debe ser ella la que tiene miedo.

— Pero, de todas formas, habría podido dejarla salir. Íbamos a ir juntos. Yo no la iba a dejar volver sola. Iba a estar conmigo — retomó Fidelito acomodando el peso de su cuerpo sobre el otro pie.

Se habían quedado conversando en la cocina, de pie, cada uno con el vaso de Coca-Cola en la mano.

— No sabía que íbamos a salir. A mí se me ocurrió llamarlo cuando me di cuenta de que ella había salido. Pero bueno, ya no hay nada que hacer, a menos que saltemos por la verja del jardín — sonrió la jovencita.

— Sí. Mejor nos quedamos tranquilos, oímos el disco y conversamos.

Cristina respondió con un "hujum" y se dirigió hacia la sala en silencio. Podría haber empezado a hablar, pero no sabía qué decir, de manera que se tomó todo el vaso de Coca-Cola en lentos sorbitos mientras su amigo, que la había seguido, parecía estar dispuesto a toda costa a no aburrirse. Por lo pronto estaba muy concentrado en la música.

—Me encanta mirar las estrellas. Se me de memoria casi quince constelaciones, son como doscientas cincuenta estrellas — empezó Fidelito —; por eso me voy al campo cada vez que puedo. Tengo un equipo de montañismo completo. Ya he estado en dos nevados, el Ruiz y el Tolima. Es una maravilla. ¿Usted conoce la nieve?

— Claro. Vivimos en una ciudad donde cae nieve. Todo se pone blanco y hace un frío horrible.

— ¿No le gusta?

— La verdad, no. Prefiero el calor. Con el frío no me dan ganas de moverme.

— Yo tengo un amigo que no sale de la cama cuando está lloviendo. Yo no resisto la cama cuando hace sol, aunque dicen que para caminar en algunos desiertos toca dormir de día y caminar de noche, pero nunca me ha tocado caminar con cuarenta grados centígrados, por suerte.

—Su amigo tiene razón, no vale la pena salir de la cama cuando hace frío. —Cristina hizo una pausa—. Bueno, tampoco. Yo casi nunca me quedo en cama, solo cuando estoy enferma.

—Es desesperante, cuando hay sol uno tiene que caminar…

—O correr—completó Cristina.

—Le gusta correr, ¿verdad?

—Me encanta.

En ese momento la música había pasado a un segundo plano y la atención de los dos estaba detenida en el otro. La conversación pasó fácilmente al tema de los juegos.

—El ajedrez es una delicia. Uno aprende a pensar varias jugadas adelante. Mi papá es muy bueno. Un día le decimos que nos enseñe.

—Ah, ¿usted no sabe?

—No muy bien. Pero podemos aprender. Parece que es una buena forma de pasar los encierros.

—¡No pienso quedarme todas las vacaciones encerrada, qué pena!

—Tranquila. Algo nos inventamos para que su tía se calme.

Se quedaron nuevamente en silencio mirándose las caras. Una delicada confianza nacía de la complicidad.

—Juguemos a las escondidas—propuso finalmente Cristina dejando el vaso sobre la mesa y levantándose.

— ¿A las escondidas? — preguntó extrañado Fidelito. Le parecía raro que solamente dos personas jugaran a las escondidas. Además, de alguna manera el juego físico no le acomodaba a la imagen de joven maduro que creía estar desarrollando. Miró sus tenis rotos y recordó la última vez que había jugado a las escondidas, hacía mucho tiempo.

—Si. Usted se esconde y yo lo busco, y cuando lo encuentre tiene que cumplir una penitencia, y al revés.

Cristina sonrió, un golpe de sangre iluminaba sus mejillas, y sin decir más se recostó contra la pared para empezar el conteo.

— Con los ojos cerrados y hasta cincuenta, de dos en dos — reclamó Fidelito mientras se familiarizaba con el apartamento.

— No, hasta cien de cinco en cinco. ¡Cinco, diez, quince…! — empezó amenazante Cristina.

El niño corrió al cuarto de la tía; allí no encontró otro lugar mejor que la cama y definitivamente era obvio que se escondiera debajo de ella. Como fuera, quería sorprenderla. Voló al otro cuarto. Debía ser el de la niña; tampoco encontró nada.

— ¡Treinta y cinco, cuarenta!

Volvió a la cocina y miró rápidamente. La nevera había sido el lugar ideal. ¿A quién se le ocurre esconderse en la nevera? Abrió la puerta blanca y sintió el golpe de frío en la cara. Era demasiado difícil. Tendría que quitar las bandejas que sostenían la comida y dejarlas afuera como rastro de su estúpida idea. Por eso a nadie se le ocurre esconderse en la nevera, porque es una idiotez. Furioso por

haberse detenido a perder el tiempo en consideraciones inútiles, corrió a un cuarto que estaba detrás y encontró un closet con un par de puertas altas.

— ¡Noventa y cinco, cien! ¡Voy a salir! — gritó Cristina desde la sala.

Se trepó como pudo hasta la puerta de arriba del clóset, y empezó a rogar que no se rompiera la delgada tabla sobre la que se estaba apoyando. Cuando terminó de cerrar la puerta corrediza se dedicó, sonriendo, en medio del negro silencio que lo rodeaba, a adivinar los movimientos de Cristina. Al principio solo alcanzaba a distinguir su propia respiración; después, cuando sus ojos empezaron a diferenciar las vetas de la madera pintada y las huellas burdas que la brocha había dejado en la laca, creyó oír un ruido que se acercaba. Dejó de respirar y abrió los ojos como si así pudiera distinguir mejor el sonido que había percibido. Esperó un largo rato. Volvió a respirar y empezó a sentir que se le entumecían las piernas. Intentó estirarlas, pero algo se lo impedía. Procuró acomodarse de otra manera, pero no lo consiguió. No podía girar, no podía mover los brazos, y tenía la cabeza apretada contra el tronco, de modo que la barbilla empezó a hacerle daño en la clavícula; el cuello empezó a dolerle y llegó un momento en que dejó de sentir las piernas. Cuando pudo controlar sus sensaciones corporales, se dio cuenta de su situación: la parte superior del clóset estaba llena de maletas y abrigos viejos, y él había caído incrustándose en el interior de una maleta abierta. Estaba acurrucado, con las piernas y la cabeza encogidas contra el cuerpo como si quisiera formar una bola. Esto lo supo recorriendo con la mano libre los bordes de la maleta y tocando la cremallera del cierre. Su olfato también le ayudó a identificar un resto de perfume impregnado en el cuero de la valija. La posición no era para nada cómoda y no sabía cuánto tiempo más tardaría Cristina en encontrarlo. Tal vez se había

escondido demasiado bien. Respiró y pensó que cuando se juegan a las escondidas entre dos, los descubrimientos del contrincante no deben de tardar tanto. Sobre todo si hay una penitencia de por medio, sobre todo si el contrincante es la contrincante, en este caso Cristina, que mirándola bien, podría decir que tenía más de quince años y cualquiera se lo creería. Pero no se oía nada. Ni un solo sonido llegaba hasta él. El más negro silencio lo rodeaba. Le pareció extraño que en un edificio no sonara nada, muy extraño. Intentó armar en su cabeza el plano del apartamento y de éste en relación al edificio. No lo consiguió. La información que tenía no le bastaba. Suspiró y esperó a que la niña se diera prisa, aunque pensar en ser descubierto y tener que cumplir una penitencia impuesta por una cría de trece años que parece de quince y que dice que no es adulta, le produjo un golpe en el centro del pecho. Tuvo que concentrarse para evitar gritar del dolor que se hacía insoportable en sus piernas y en su nuca. Pensó que no podía más. En efecto. Estaba decidido: se entregaría. De todas maneras se había escondido muy bien y no lo habían encontrado, de manera que todavía podía ser él quien impusiera la penitencia. Esta idea lo alentó un poco. Además, no se habían aclarado mucho las reglas, y si corría hacia la pared donde Cristina había contado y gritaba: "¡Un dos tres por mí!", podría considerar que había ganado la partida.

Una vez encontrados los argumentos, intentó desentumirse, pero no pudo. Las paredes de la maleta le impedían el más mínimo movimiento. Curiosamente, necesitaba más espacio para salir del que había usado para entrar. Con la mano libre empezó a correr la puerta de madera que se deslizaba imponiendo tropiezos intermitentes al movimiento. Cuando logró despejar un poco de espacio y vio hacia afuera, se dio cuenta de que el cuarto estaba oscuro. No recordaba haber

apagado la luz. Sintiéndose expuesto a la mirada de su contrincante, procuró darse toda la prisa del que podía ser capaz. La mano libre lo ayudó a liberar su torso del abrazo del cuero, de manera que pudo asomar el pecho fuera de su escondite. Un golpe de luz lo encegueció, pues su cara estaba a la altura del bombillo desnudo que se encendió sin ninguna consideración. Siguió escurriéndose como pudo para huir del abrazo de la luz, cabeza abajo. Lo peor todavía estaba por venir.

— Lo encontré — dijo tranquilamente Cristina y volvió a apagar la luz.

Fidel recordando la esperanza de la pared blanca donde sus manos se podrían haber posado para liberarlo del destino de sumisión que lo esperaba, forcejeó luchando por terminar de salir, lo logró hasta la cintura. Allí se dio cuenta de que el piso estaba todavía a una distancia considerable; su dureza se podía apreciar a pesar de la falta de luz. Sin más remedio, liberó sus tenis de la última esquina del abrazo de la valija que lo sostenía en el aire y cayó estruendosamente sobre una mesa que no había visto al subir.

Cristina prendió la luz presurosa y lo ayudó a levantarse, cuidándolo de los vidrios esparcidos por el suelo.

— ¿Qué le pasó?

— ¿Le explico paso a paso o en una palabra? — respondió Fidelito levantándose y tratando de arreglar el desastre en el que se habían convertido la mesa y el cuadro que estaba sobre ella.

Reconoció el ardor que tenía en la mano, la levantó y descubrió una herida sangrante. Cristina se abalanzó sobre ella.

— ¡Se cortó! ¡Venga, vamos al baño! ¡Tiene que lavarse!

El niño se dejó conducir extrañado por la manera como había concluido el juego. Cristina le hizo las curaciones del caso y él se portó como un valiente, a pesar de que siempre había sentido pánico de la sangre.

— ¡Qué pena por el cuadro!

— No importa, era un afiche que Julieta no sabía donde poner. Tranquilo. Además, lo grave fue que se cortara…

Cristina sostenía la mano de Fidelito entre las suyas. Lo miró a los ojos y le sonrió. Al hacerlo volvió a sentir el líquido caliente. El niño vio cómo sus mejillas se enrojecían. Cristina soltó la mano, giró con rapidez sobre sus talones y salió del baño escondiéndose de la mirada de su amigo por un segundo.

— De todas formas no se me había ocurrido qué penitencia ponerle — dijo mientras avanzaba nuevamente hacia la sala.

— Menos mal — confesó él apretando su mano.

— No se apriete, que le sale más sangre —. Cristina detuvo y quedaron nuevamente uno frente al otro.

— Entonces, ¿usted estaba ahí desde hacía rato?

— Sí, pensé que se había dado cuenta porque me tropecé con la mesa que usted rompió.

— Yo creo que la podemos arreglar…

— Tranquilo, era un chiste.

— Pero si me había descubierto, ¿por qué no dijo nada? Casi me quedo sin piernas allá arriba.

— ¿La verdad? — preguntó Cristina levantando los ojos grandes.

— Claro.

— Porque me daba pena ponerle cualquier penitencia divertida como darle un beso con lengua a la pared, o caminar en cuatro patas sin pantalones. Me puse tímida.

— Es que es raro jugar a las escondidas entre dos, ¿o no?

— Más bien.

Se quedaron un momento en silencio.

— ¿Usted le ha dado besos a alguien? — dejó caer la niña sin compasión.

Fidelito sintió que se vomitaba del mareo.

— No. Nunca — dijo la verdad.

— ¿Probamos?

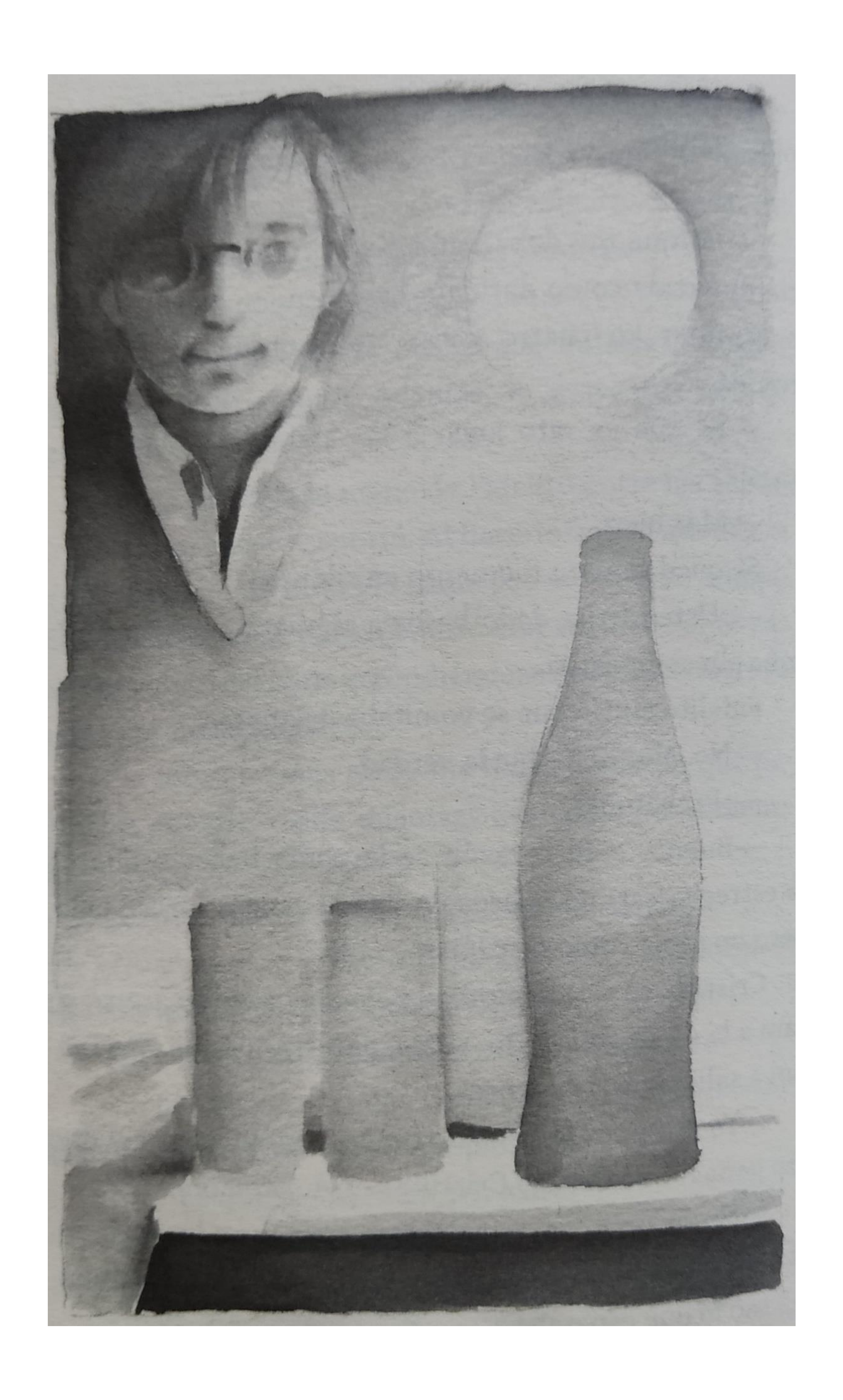
— Bueno —. El corazón se le podía haber salido de la estrecha caja de huesos en donde estaba aprisionado, pero no sabía cómo continuar —. ¿Ya?

Cristina se rio, se quitó el pelo de los ojos y acercó su cara a la de su amigo. Sin gafas parecía que sus ojos fueran a salirse de las cuencas.

— Yo tampoco le he dado besos a nadie, pero me dieron ganas — se detuvo Cristina —. ¿A usted no?

— No sé, un poco — realmente era a eso a lo que le temía del encuentro con la niña extranjera. Pero al tiempo, era eso lo que esperaba.

— ¿Y entonces? — interrogó la jovencita impaciente.



— No sé. Es que me siento un poco mal. Creo que me di en la cabeza.

Cristina lo miró tranquila, le hizo una caricia que cubrió todo su rostro, le sonrió y se levantó.

— Bueno. En el paseo de pasado mañana podemos probar, si quiere…

Fidelito sonrió y volvió a mirarse la mano. En ese momento sonó el citófono. Era el portero pidiendo autorización para dejar entrar al mensajero del restaurante de Fabrizio que traía una pizza.

— Es la manera que tiene de indicarme que no va a venir a comer, que puedo comer sola — explicó Cristina —. Yo creo que alcanza para los dos.

— Tranquila, no tengo mucha hambre. Más bien quisiera más Coca.

Cristina puso la mesa con dos platos y dos vasos. Recibió la caja y bromeó con el mensajero, a quien ya conocía. Todo estaba pagado. No hablaron más del paseo ni de besarse. Llenaron el apartamento de una conversación nerviosa y rápida que saltaba de un tema a otro.

— Está rica — dijo Fidelito después de terminar de masticar el tercer pedazo. Cristina lo miraba.

— Sí. Julieta es un genio escogiendo combinaciones de sabores.

El crujido de un árbol que se cae

— ¡Alfonso! — saludó Julieta.

— No. El doctor Mora está ocupado. ¿Quién lo necesita?

— Julieta Rangel, ¿con quién hablo?

— Un momento, voy a ver si puede atenderla.

Julieta alcanzó a oír unos murmullos que no pudo distinguir claramente; el ruido del tráfico se alcanzaba a filtrar por los vidrios del automóvil. Alfonso, el dueño de la compañía, siempre contestaba sus llamadas personalmente, a menos que algo muy grave estuviera ocurriendo. Julieta sintió un vacío en la boca del estómago.

— El doctor le manda preguntar qué desea.

— Hablar con él, ¿qué pasa? — gritó Julieta impaciente. Oyó otra serie de murmullos.

— Si es tan urgente, el doctor Mora la espera a comer en el club, dentro de media hora.

Julieta sonrió satisfecha, calmó su ansiedad y botó el teléfono sobre el cojín del del acompañante.

Casi en el centro del salón, bajo la lámpara de araña estaban Alfonso, y a su lado, Eduardo. Julieta trastabilló un poco; pero al verla venir, el dueño de la compañía se levantó y la sostuvo cariñosamente del brazo besándola en la mejilla. La invitó a sentarse. Eduardo se puso de pie y esbozó una sonrisa distante. Él había

contestado el teléfono, Julieta lo supo al mirar sus ojos y reconocer ese brillo especial de cobardía que ya le había descubierto tantas veces.

— Pensé que te demorarías más, pero me alegra mucho que hayas venido. De otra manera esto se habría vuelto una aburrida comida de hombres solitarios — le sonrió Alfonso.

Julieta aclaró que pensaba comer con su sobrina. Eduardo insistió sugiriendo incluso que comiera un pescado del mar del norte que acababa de llegar al club.

— Es una joya. No lo va a volver a probar nunca — afirmó el hombre con displicencia. Julieta no entendió muy bien por qué se sintió obligada y aceptó la invitación.

Al terminar la comida, durante la cual Eduardo habló sobre cómo pescaban el animal, lo mataban, lo preparaban, lo cocinaban y en qué cantidades se lo comían las focas y los esquimales, se quedaron un instante en silencio. Julieta pensó que era el momento de empezar. No contaba con la presencia de Eduardo, pero el rebote que sentía a causa del detestable sabor del pescado crudo en cuya carne había descubierto trozos de entrañas, y las ganas de terminar con lo que había empezado para salir de allí, la hicieron sentirse valiente.

— Alfonso, necesitaba hablar contigo porque están pasando algunas cosas que quiero que sepas, y de paso me parece perfecto que Eduardo esté con nosotros — empezó Julieta y sintió cómo la mirada somnolienta del dueño de la firma se posaba lentamente sobre su cara. Eduardo parecía, entre tanto, estar ocupado en arreglar el cigarro que se disponía a fumar.

Un mozo llegó con tres vasos de whisky y los depositó silenciosamente sobre la mesa. No sabía cómo empezar, pero una vez hecho el anuncio tenía que hablar.

— Tiene que ver con la licitación...

Alfonso abrió apenas un milímetro más los párpados que reposaban perezosos sobre sus ojos, señal suficiente para saber que había captado su atención. La mirada vacía de Eduardo se posó sobre los ojos adormilados del doctor Mora, quien sin dejar de mirar a Julieta le sonrió. Se quedaron en silencio unos segundos.

La sonrisa, esta vez completamente abierta que Eduardo le dirigió a Alfonso y que éste respondió, le impidió continuar. Miró a los lados y volvió a sentir cómo la luz intensa hacía ver todo más brillante. Alfonso se revolvió en la silla y asintió clavando la mirada en algún punto detrás de Julieta. En ese momento se dio cuenta de que estaba perdida. Cualquier cosa que dijera carecía de sentido, de manera que se levantó.

— ¿Qué te pasa? — se apresuró a preguntarle Alfonso.

— Me voy — confesó Julieta.

— Pero ¿ya me dijiste todo?

— No hace falta, Alfonso. Sabes lo que pasa. Sólo quería saber qué pensabas y ya me enteré.

Manejó tan rápido como podía y en muchos momentos el tráfico le permitió confirmar que su auto era realmente rápido. Parqueó frente a la pizzería y se bajó casi dejando la puerta abierta. Una vez en brazos de Fabrizio, apretó los ojos y dejó que una lágrima y un leve jadeo que agitó su pecho la descompusieran.

— No pasa nada — le dijo al italiano soltándose de sus brazos largos y flacos —. No pasa nada. Necesito le que lleves una pizza a Cristina y que me prestes el teléfono. El italiano le informó que Cristina ya debía haber terminado de comerse la pizza y que el teléfono, como siempre, estaba al lado del baño.

— ¿Fidel? — preguntó una vez que escuchó la voz al otro lado del auricular —, ¿puedes venir?

El hilo se pierde tras la puerta

Cristina se había quedado toda la mañana frente a la ventana viendo llover. Había dormido inquieta, y la llegada de Julieta con Fidel y su conversación incesante le habían impedido descansar. Las palabras de la conversación se engarzaban en su sueño con las imágenes del paseo imaginario, volviéndose parte de él. Varias veces despertó tratando de entender lo que soñaba, pero se volvía a dormir con una alargada sensación de confusión. A pesar del cansancio por la mala noche, se levantó cuando el primer rayo iluminó la habitación. Pero esa claridad fue efímera; muy pronto el cielo se oscureció de nuevo, como si volviera la noche, y empezó a llover. Ya era demasiado tarde para volver a la cama, no había nada que hacer, estaba levantada y se tomaba un vaso de leche.

Tratando de entender esa sensación de ausencia que sentía, se acercó a la ventana para ver el mismo jardín con el mismo sendero adoquinado. La altura de la ventana no le permitía ver cómo las gotas de la lluvia se estrellaban reventándose contra el suelo, por eso se entretuvo imaginando los riachuelos que corrían para desaguar el jardín, corriendo a los sifones donde alguna vez había visto esconderse a un gato gris. Julieta no se había levantado. Por lo visto no pensaba ir a trabajar. Recordó algo de la conversación que le impidió dormir: el trabajo de Julieta era el tema central. La humedad de su respiración se condensó sobre la superficie fría del cristal de la ventana y formó una nubecita de vapor sobre la que trazó unas rayas. Decidió no esperar más y corrió a llamar por teléfono. Una vez marcado el número, cuyas cifras acudieron rápidamente a su

memoria, desistió de su idea, colgó y corrió a bañarse. Al salir de la ducha se cruzó con Julieta, que le dirigió una sonrisa leve.

— Buenos días — saludó Cristina.

— Hola, linda — respondió Julieta y le hizo la primera caricia verdadera de las vacaciones. Cristina se detuvo sorprendida y la vio sentarse, o mejor, desplomarse sobre el sofá.

— ¿Quieres desayunar? — le preguntó.

— Bueno — respondió Julieta dispuesta a dejarse consentir, aunque después vaciló —. O no, tranquila, yo ya... Cristina ya estaba en la cocina tarareando una canción y haciendo sonar las ollas con demasiada naturalidad. Julieta se le acercó; llorando, la abrazó y se quedó con ella entre los brazos un rato.

— ¿Estás enferma? — atinó a preguntar Cristina.

Julieta le sonrió, sorbió los mocos y se quedó callada. Se sirvió un vaso de leche, lo bebió sin descansar y salió de la cocina.

Cristina se quedó tratando de entender qué pasaba. Le parecía extraño el derrumbamiento de su tía y le producía angustia no saber qué hacer. ¿Debía abrazarla y decirle que todo estaba bien? ¿O simplemente acompañarla como una buena amiga? ¿O, tal vez, proponerle algún plan que le gustara mucho para distraerla de su preocupación? ¿O posiblemente fuera mejor no dejar- la vestir hasta que le contara todo lo que pasaba? Eso a veces funcionaba como remedio, por lo menos con ella.... Lo preocupante era no saber qué hacer. Antes, se hubiera quedado prendida del cuello de su tía hasta conseguir la promesa de que no lloraría más y de que todo estaría bien; pero ahora estaba comiéndose las uñas de

las manos, desmoronada sobre la banca de patas largas. No veía claro. Quiso culpar de esto a la mala noche, pero hacía varios días no pensaba con claridad y tampoco entendía por qué hacía lo que hacía. Por ejemplo, ¿por qué no había marcado el número telefónico que quería marcar hace un rato, si lo que quería era hacerlo? ¿Qué la había detenido? ¿Tenía miedo? ¿De qué?

Cuando levantó la mirada de sus manos, Julieta estaba al frente con los ojos hinchados. Se miraron un segundo.

— No te afanes. Todo va a estar bien.

Cristina sonrió agradecida por la promesa de un de- seo que la incluía. Se levantó y abrazó a la tía.

— ¿Qué vas a hacer? — le preguntó Julieta.

— No sé todavía... — recordó que quería llamar. — ¿Me acompañas? Tengo que hacer una cantidad de vueltas... Como si fuéramos de paseo...

Cristina no pudo negarse ante semejante invitación tan deprimente, aunque de verdad hubiera preferido quedarse en el apartamento viendo llover y reunir fuerza para tomar el teléfono y marcar.

Se trataba realmente de una cantidad de vueltas. Fue ron a la inmobiliaria. Al entrar, Cristina pensó que podría pedir prestado el teléfono y hacer la llamada para acomodarse el aire que le abría un hueco en la parte alta del estómago. Lo primero que ocurrió fue que pudo confirmar todas las noticias que se habían trenzado con sus sueños mientras trataba de dormir. Su tía pretendía dejar el apartamento del edificio de la esquina lo más pronto posible, mientras el jovencito engominado que las aten- día y le dedicaba sonrientes miradas a Cristina, como si

el problema no la concerniera a ella sino a la loca ésa, aseguraba que no podía dejarlo, a menos que pagara la sanción contemplada en el contrato, equivalente a tres meses, que en el caso del edificio de la esquina era una cifra considerable. El argumento de Julieta era contundente: no entendía à por qué debería pagar por algo que no estaba usando; claro que podía quedarse en el apartamento los meses que faltaban para terminar el contrato, pero no podía asegurar el pago del arriendo. Cuando la tía le dijo que lo suyo era un acto de responsabilidad, mientras lo de él la representación de la usura y la inquina contra el consumidor, Cristina comprendió que sería imposible hacer la llamada desde allí. Por suerte apareció una mujer mayor, gorda, muy pintada y sonriente que aceptó recibir el apartamento en tres días, pues justamente tenía en la línea a unos extranjeros que necesitaban ese inmueble.

— ¿En tres días? — gimió Julieta — ¿Cómo puedo salirme en tres días?

— Tres días o tres meses, querida — sonrió la señora gorda, y Cristina sintió el curioso olor del maquillaje que se desprendía de la piel templada de la mujer —. Tenemos muchas cosas de menor categoría, si está interesada.

Julieta estuvo a punto de caer nuevamente, pero se sostuvo.

— Ni loca. En tres días le entrego el apartamento. Se sentó en el lado del conductor y suspiró. La cabina estaba caliente a causa del sol que había salido de repente y alumbraba como si fuera verano. Cristina la alcanzó y apenas entró al Clío abrió por completo la ventanilla.

— ¿Y ahora? — preguntó la niña.

— No sé. Vamos a tomar algo. Tengo que pensar.

Volvieron a salir del carro y se alejaron caminando, a pesar de que el vigilante les advirtiera que el andén donde se habían estacionado era sólo para los clientes de la inmobiliaria. Entraron a un salón de onces silencioso y tranquilo, inundado por un agradable olor a mantequilla con azúcar y jengibre. Se sentaron en una mesita estrecha al lado de una ventana cubierta con una cortina de flores que reflejaba sus colores sobre la mesa y fueron atendidos por una mujer joven, con la piel negra como la noche, vestida con un delantal blanco impoluto. A pesar de su vestido, que más parecía un disfraz, o tal vez a causa del mismo, la mujer era seca y no sonrió una sola vez. Pidieron té de frutas y pasteles de manzana. Al fondo del local, Cristina vio un teléfono y una mujer que hablaba por él, seguramente la dueña.

— Bueno, por fin tienes una aventura — le dijo Julieta. Cristina sonrió y no respondió. Cuando los adultos decían esa clase de cosas prefería no responder. La mujer seguía hablando por el teléfono. El pastel estaba delicioso y el té le apaciguó por completo el espacio que se le abría entre el estómago y las costillas cuando pensaba en lo que había pasado anoche. Su tía estaba hablando con el ritmo de una máquina de escribir, intermitente pero sin final cercano. De todo lo dicho, Cristina entendió que tendrían que empacar esa misma tarde y encontrar algún lugar mañana. El teléfono seguía ocupado y ya no tenía tantas ganas de llamar, así que decidió interrumpir el monólogo de su tía e inaugurar una conversación desde el principio.

— Pero, ¿por qué tanto afán de entregar el apartamento?

Julieta se quedó mirándola un momento, tal vez evaluando en qué términos debía hablarle.

— Tú ya eres grande — empezó. Y Cristina pensó que había sido el peor principio de una conversación, pero se contuvo porque parecía que era algo serio —. Creo que me quedé sin empleo, así que hay que dejar de gastar en lo que se pueda.

— ¿Crees? — preguntó Cristina sin poder entender cómo a partir de una suposición su tía se había lanzado a semejante batalla campal contra el jovencito de la inmobiliaria.

— No, es seguro. Tengo que renunciar.

En ese preciso instante Cristina desistió de comprender la totalidad del argumento de su tía. La dueña había colgado el teléfono y se había dedicado a hacer cuentas. No podía levantarse en ese momento porque Julieta seguía hablando. Sólo se detuvo cuando sonó el timbre del celular. Esculcó en su maleta y mirando a Cristina significativamente antes de contestar, agregó:

— Esto es lo siguiente que tenemos que cancelar.

Cristina había olvidado esa posibilidad, pero con su tía ocupada en otra cosa podría levantarse y llamar con tranquilidad. Levantó los ojos y descubrió a la impasible camarera con el auricular en la oreja hablando en un tono de voz tan bajo que Cristina dudó que pudieran oírle del otro lado de la línea. No había remedio, le pediría el celular a su tía apenas colgara. Entre tanto, se dedicó a mirar por la ventana y a esperar que la mesera terminara de hablar. Cuando lo hizo, se levantó y se acercó al mostrador.

— ¿Me puede prestar el teléfono?

— Claro — le sonrió la dueña haciéndole un gesto de invitación a tomar el aparato. Levantó la bocina y descubrió un olor a canela concentrado en ella. Marcó el número, que sabía de memoria, y esperó un momento. Estaba ocupado. Colgó. Julieta seguía hablando. Volvió a intentar. Seguía ocupado. Se impacientó y volvió a mar- car inmediatamente, con el mismo resultado. Agradeció la amabilidad de la dueña y se fue a sentar nuevamente a la mesa. Cuando se acercó, Julieta acababa de terminar su conversación y le anunció:

— Vamos a mi oficina a recoger mis cosas. No tengo por qué perder el florero, las tazas y los bolígrafos que tengo allá, ¿verdad?

Julieta se levantó y se acercó a la dueña sin esperar que la mesera le llevara la cuenta.

Cristina no dijo nada durante el trayecto. Le avergonzaba hacer la llamada desde el celular de Julieta. Tendría que explicar algo que no se sentía en capacidad de explicar porque todavía no lo entendía, así que se calmó con la vaga esperanza de poder llamar desde la oficina de su tía. El tráfico se había entorpecido y Julieta intentó varias rutas con el mismo resultado. Finalmente llegaron. Subieron varios pisos en el poderoso ascensor y entraron a la oficina de Julieta. Era linda, independiente, luminosa y tranquila. Estando en ella, Cristina sintió una confortable seguridad.

— ¡Lástima! — se quejó Julieta y salió dejándola sentada en su escritorio. Marcó de nuevo el número que se había vuelto parte de su memoria y por fin consiguió que le respondieran.

—¿Fidelito? —le preguntó una voz de mujer que no había oído nunca—. No. Él salió, iba con un morral, quién sabe si demore.

Eso fue todo. Se quedó quieta sentada en el escritorio de Julieta mirando la ciudad desde la altura sin en- tender qué estaba sintiendo exactamente. El grito de su tía la sacó de la melancolía. No entendió nada de lo que vociferaba. Salieron del edificio con Sofía detrás repitiendo siempre lo mismo y se marcharon dejándola en el parqueadero. El silencio tardó un buen rato en volver a sus oídos, y cuando lo hizo se mezcló con el rugido del motor forzado del automóvil.

A veces el viento mueve las hojas

Cristina siguió a su tía sin decir una sola palabra. Terminaron el día haciendo diligencias: cancelar el celular, ir a los bancos, llamar a un amigo abogado que nunca apareció, almorzar en la calle, mirar un apartamento horrible y costoso, acompañar a Julieta a hacer cuentas en una cafetería frente a una botella de Coca-Cola con el pelo sostenido por las gafas oscuras y, por fin, llegar muy cansadas al apartamento que tenían que desocupar en una noche y dos días, con suerte.

Estaban armando las cajas para empacar cuando sonó el timbre. Julieta sonriente se lanzó al citófono. Cristina se quedó intrigada mirando la puerta.

— Hola — saludó Fidel y dejó dos cajas de pizza sobre la mesa —. ¿Cómo va el empaque?

La pregunta no era para Cristina, por supuesto, pero ya que tenía la oportunidad, quiso aprovecharla.

— Fidelito podría ayudar también — al terminar de decirlo se dio cuenta de haberse delatado con el tono de reproche que había tomado su voz.

Se hizo un leve silencio y Cristina se imaginó que los adultos habían cruzado miradas significativas. Quiso salir corriendo a encerrarse en su cuarto.

— Fidelito no vino porque salió de la ciudad... Estuvo llamándote toda la mañana para invitarte. Se fue de guía a una excursión por el desierto.

— ¿Al desierto? Me había dicho que no le gustaba.

— No le gusta, pero a mucha gente sí, y ese es su trabajo en las vacaciones. Quería invitarte, pero no pudo hablar contigo.

— Ah, ya...

El silencio que había sentido se hizo más palpable. Las miradas que se cruzaron fueron más evidentes y sintió que sus mejillas empezaban a arder, pero no pudo contenerse y continuó:

— Entonces, ¿ya no va a ir al paseo? — exclamó sin lograr que su tono de voz fuera tan natural como quería y dirigiéndose a su tía, más como refugio que esperando una respuesta de ella.

Julieta, como una traidora, suspiró y miró al padre del otro traidor, como si fuera él quien debiera responder esa pregunta.

El hombre recibió el encargo y dio un paso hacia la niña volviendo aún más patético el momento. Cristina pensó que no lo iba a soportar.

— Pues, venía pensando que si nuestro paseo fuera al desierto los podríamos encontrar — miró a Julieta, que había abierto los ojos tanto que parecían escurrirse sobre las enormes ojeras que los enmarcaban, y como si no hubiera entendido el motivo del desconcierto de la mujer, continuó —: empaquemos rápido. Imposible que no seamos capaces de empacar todo en una sola noche.

Miró a las dos mujeres, les sonrió y terminó de armar la caja que Julieta había dejado sobre el piso.

— ¿Qué pasa? ¿No querías cambios? — le sonrió a Julieta.

Cristina sentía que algo había empezado a hervir en su estómago. Una mezcla de mareo, ganas y de correr de vomitar se apoderaron de su cuerpo, de

manera que, como le ocurría últimamente, se quedó paralizada viendo cómo el hombre, el padre de su amigo, terminaba de armar la tercera caja. Se había quitado la chaqueta y sus mejillas empezaron a colorearse por la actividad física que desarrollaba.

— No sé — empezó Julieta —. No quisiera hacerlo tan rápido.

— Al contrario, creo que entre antes mejor. Además, podemos quedarnos unos días en el pueblo mientras los niños ven estrellas, ¿no suena bien? Tengo una señora que prepara los mejores tamales del mundo. Hay muchos caminos para andar a pie. Y estoy seguro de que son las vacaciones que tendrías que tomar... Siempre he creído que la mejor manera de salir de una crisis es con una acción rápida y contraria.

Tenía seis cajas armadas. Cristina se dio cuenta de que tenía que cerrar la boca porque se le había quedado abierta y la lengua, seca, se le estaba pegando a los dientes.

— Nunca he estado en el desierto — balbuceó Cristina disfrutando repentinamente con la idea de acostarse sobre el suelo y mirar las estrellas en la noche. Eso estaba mucho más cercano de su idea de vacaciones que seguir buscando apartamento.

— Es que todavía tengo que hacer algo importante — se quejó Julieta.

— ¿Conseguir trabajo? — adivinó el astuto profesor de literatura.

— Claro. Tengo que decidir qué hacer.

— Lo decides allá. Tienes derecho a tomar unos días de vacaciones. Además, como dice un proverbio ruso: la mañana es más sabia que la noche. ¿Qué piensas?

— Dejó caer la última caja que había armado, indicando que ahora faltaba llenarlas. Tal vez Cristina había perdido la sensación del tiempo, pero le pareció que el papá de su amigo era muy hábil con las manos y rápido con el cerebro. Seguramente para eso servía la literatura. El hombre estaba de pie, sonriendo, con las manos en la cintura, y las dos, Cristina y Julieta, lo miraban como si no pudieran creer lo que estaban viendo.

— El clima es tibio, es un desierto tibio — volvió a sonreír. Se daba cuenta de que faltaba poco para atrapar los dos peces que se removían en sus manos —. Nos vamos en mi carro para que no manejes.... ¿Qué piensas?

Julieta no pudo más que sonreír y mirar a su alrededor como si de pronto una nueva luz le permitiera ver las cosas con claridad. Cristina estaba asombrada. Nunca pensó que el hombre de chaqueta de pana pudiera tener un espíritu tan festivo y agradable. Le encontró razón a su tía y decidió que haría todo lo posible para que se volviera realidad el viaje al desierto. Pensar en llegar por sorpresa al lugar donde estaba su amigo le parecía inquietante y además divertido.

— Podemos llevar las bicicletas. También hay caminos para montar en bicicleta. En estos días no debe haber mucha gente. Todo el mundo está pendiente de otras cosas — terminó el hombre sentándose en la mesa del comedor, seguro de haber convencido a su público.

— Irse parece fácil — confesó Julieta y se detuvo un segundo sosteniendo un gato de cerámica del tamaño de la yema de uno de sus dedos. Pero no sé. Además, no sólo tenemos que empacar. También tenemos que conseguir otro sitio y llevar las cosas. Son muchas.

Echaron un vistazo y realmente había muchas cosas. Julieta era adicta a coleccionar pequeños objetos que se multiplicaban sin final sobre las paredes, mesas y muebles. No sería fácil.

— Podemos llevarlas al Fulgor — terció Cristina dando su primer paso —. Podemos llamar a Sofía para que nos ayude. Y si quiere, que venga con nosotros al paseo.

Julieta parecía caminar sobre una cuerda floja en la cual, tarde o temprano, tendría que perder el equilibrio y lanzarse al vacío o sostenerse en algo que nadie, ni siquiera ella, veía muy claro.

— Si no quieres, no vamos. Pero de cualquier manera tenemos que empacar y no vas a poder conseguir nada bueno donde vivir en dos días. Tienes que dejar guardado el trasteo unos días... — razonó el padre de Fidelito.

— Puedes dejar una parte en la bodega del garaje... — continuó Cristina.

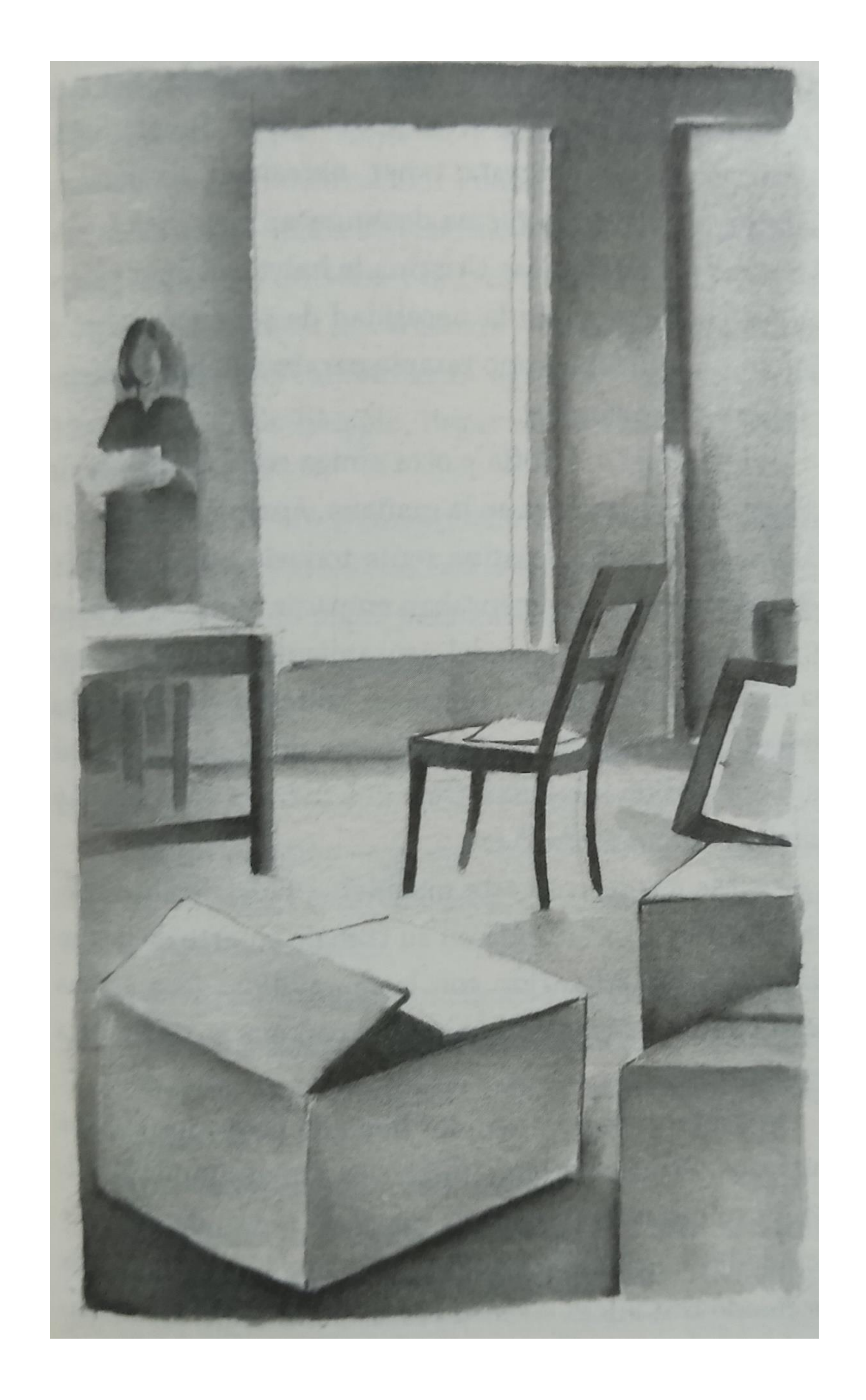
Julieta se quedó en silencio un instante más. Era el momento definitivo. Cristina no le quitaba la mirada de los ojos. Sabía que en ese momento debía decidir y quería saber cuál sería su decisión antes de que se produjera. Fidel, al contrario, había adoptado un aire distraído y satisfecho, como si le diera lo mismo. Julieta sonrió. Cristina se dio cuenta de que tenía las manos apretadas y las soltó sintiendo un alivio en todo el brazo.

— ¿Y hay piscina?

Fidel sonrió y negó con la cabeza. — No. Pero hay una cascada maravillosa.

Julieta volvió a sonreír.

— ¿Podemos dejar algunas cosas en tu casa?



— Claro. Pero si quieres, podemos llevarlo todo a tu finca.

Cristina suspiró. Estaba hecho, había sido largo y tenso, pero estaba hecho. Desde ese momento Julieta habló incansablemente. Parecía tener necesidad de hacerlo para poder pensar la forma de empacar mejor las cosas. En otras circunstancias Cristina le habría pedido que se callara, pero entendía la necesidad de producir sonidos que su tía utilizaba como terapia para mantener su sistema nervioso en orden.

Pronto llegaron Sofía y otra amiga con la promesa de que un camión vendría en la mañana. Aunque ya casi todo estaba desarmado, Cristina tenía todavía una pregunta. ¿Dónde dormirían, si pensaban empacar todo? No la hizo para no romper el curso del pensamiento de su tía. Estaba dedicada a empacar la ropa en bolsas, y en esta tarea descubrió que su tía tenía más ropa de la que nunca se hubiera podido imaginar. Dejó por fuera la ropa ligera y acudió al llamado de Fidel.

— ¿Me ayudas con este mueble? — Fidel estaba serio. Parecía muy concentrado en su trabajo y parte de la gracia que había adquirido con la maravillosa idea estaba perdiéndola a causa de la seriedad con que se dedicaba a empacar.

Se trataba de un aparador lleno de pequeños objetos curiosos. Primero debían limpiarlos con un trapo del polvo, envolverlos en trozos de papel de seda y finalmente acomodarlos en una caja. Era una tarea lenta y la estaba haciendo con juicio. Cristina estaba sintiendo el cansancio de la jornada, de manera que no se le había ocurrido que el silencio que ocupaba su trabajo debiera ser roto por

cualquier conversación. Pensaba que era suficiente la que sostenía incansablemente Julieta mientras desarmaba la cocina con Sofía y la otra amiga.

—Me encantan los trasteos —empezó Fidel—, me dan la idea del cambio más agradable que recuerde. Me encanta, por ejemplo, llegar al nuevo sitio y dormir sobre colchones.

Cristina lo miró y comprendió el sentido de las palabras, pero no le pareció necesario responderle. Siguió rasgando pedazos de papel para envolver la serie de grillos que esperaban en el aparador a ser guardados y transportados al Fulgor.

— Pero en el Fulgor hay camas y todo — dijo.

—Sí, me imagino —gruñó Fidel levantando una pata del aparador para sacar las hojas de periódico que se habían quedado atrapadas.

Se quedaron un rato en silencio. Cristina miraba de vez en cuando a los ojos del hombre esperando que dijera algo. Pensaba que los adultos debían tener siempre algo que decir.

— ¿En cuántos países has vivido?

No esperaba la pregunta. Responderla bien le habría costado largas explicaciones acerca del trabajo de sus papás en las universidades y las investigaciones que hacían, de manera que se limitó a las alegres cifras que parecían cubrirlo todo.

— En cinco.

— Te has trasteado mucho — observó sagaz el profesor de literatura.

— Bastante — estuvo de acuerdo la niña.

— ¿Sabes una cosa?, yo estudié en otro país. Viví allá varios años mientras leía y leía los libros con que hago mis clases. Pero cuando volví, me pasó una cosa muy rara. Sentí que me había quedado allá. Es más, todavía lo siento, y cada vez que empaco cosas para un trasteo, vuelvo a sentir que una parte de mí está en ese país, aunque sea claro que no es así... ¿me entiendes? Es una especie de nostalgia por el movimiento...

Cristina se sintió un poco ofendida por la pregunta final e incómoda, por el tono de confesión melosa que había tomado la conversación. Pero tenía algo que decir.

— A mí no me pasa eso.

— Claro, eres mucho menor. Cuando uno es niño, las cosas son distintas.

¡Por fin alguien en esa ciudad se daba cuenta de su verdadero estadio de desarrollo! Le sonrió agradeciéndole su reconocimiento.

— ¿Te hacen falta tus papás? — continuó Fidel avanzando hacia un espacio incierto. La niña lo miró un poco inquieta. Suspiró, detuvo la actividad de sus manos y le respondió:

— En vacaciones, no. Me imagino que si no los viera mientras estoy en el colegio o algo así, de pronto sí me harían falta.

— Claro... — entendió el hombre, pero Cristina se dio cuenta de que él tenía algo más para decir y esperó pacientemente hasta que se decidiera —. Me imagino que ellos no se preocupan por eso de la nostalgia...

La verdad, Cristina nunca había pensado en eso. Pero, aunque a veces conversaba con sus papás sobre las ventajas de tal o cual lugar donde habían

vivido antes, nunca había pensado que en eso hubiera algo distinto a recordar. Sintió nuevamente cómo un mundo extraño y poco claro avanzaba hacia ella, y quiso detenerlo.

— No creo. Están acostumbrados a moverse. Toda la vida, desde que se conocen, han estado viajando por el mundo. Nunca hemos estado más de tres años en un país. También tiene sus ventajas — se atrevió Cristina, pensando que con lo dicho volvía a aparecer la claridad que insistía en alejarse.

— ¿Ah sí? — se interesó el profesor —. ¿Como cuáles?

— Nunca se acostumbra uno a nada. Sabe que siempre vendrá algo nuevo. Entonces no se apega mucho. — No sabía por qué, pero por primera vez en sus vacaciones había sentido inseguridad lingüística. No estaba segura de que lo que había dicho fuera claro ni de que tuviera el sentido que quería que tuviera. Miró interrogante al papá de su amigo y recibió una agradable sonrisa de su parte.

— También apegarse tiene su encanto, ya te darás cuenta cuando sea el momento.

Continuaron envolviendo pequeños bichos con el papel, y cuando terminaron se quedaron un momento quietos, como recuperando fuerza.

— El desierto es el lugar donde hay más estrellas en el mundo — aseguró de repente Fidel devolviéndole un ingrediente al trabajo que estaban haciendo y que parecía estar a punto de rendirlos —. Antes de salir, tenemos que pasar por el telescopio grande.

— ¿Te gusta ver estrellas? — Cristina levantó los hombros. No lo sabía —. Es la mejor forma de pasar la noche. Sólo lo supera empacar un trasteo. — Fidel se rio de su propio chiste y Cristina lo acompañó en el sano ejercicio, aunque realmente el chiste no hubiera sido nada bueno. Después de todo él había conseguido que sus vacaciones cambiaran de rumbo y se merecía esa pequeña celebración.

Y además el polvo cae en el ojo

A media mañana del día siguiente terminaron de descargar el camión con el trasteo en el Fulgor mientras Fidel recogía su carro, las bicicletas y el telescopio. Julieta había dejado de hablar y Sofía la seguía a todas partes sin saber qué hacer. Cuando terminaron y el camión se alejó por el camino rodeado de árboles, se sentaron en el jardín y se rieron como si más bien quisieran llorar. Así las encontró Cristina al levantarse: abrazadas y a punto de caer dando botes por el prado. Como era la única que había dormido, se sentía descansada y tranquila. Quería comer algo y lo propuso. Había pan y queso. Julieta tenía la idea de almorzar en el camino.

Sofía entró y después de un rato volvió con tres sánduches y tres tazas llenas de café. Julieta había abrazado a Cristina y ésta se terminó de despertar sumergida en la tibieza de su tía. La mañana era neutra, increíblemente neutra. No había nada en el aire que le permitiera recordar que se iban de viaje de manera tan precipitada.

Cristina tenía la boca llena de pan y sorbía lentamente el café dulce. Las tres miraban la carretera por donde ahora se movía despacio un hombre arrastrando una vaca, seguido por un perro y un niño. La respiración de su tía era fuerte y su sonido se mezclaba con los esporádicos ruidos que hacía el viento cuando pasaba entre las hojas de los árboles. Un perro ladró a lo lejos. El aire arrastró el rugido apagado del motor de un camión invisible en la distancia. Julieta suspiró.

— Creo que voy a tener que vivir de mis ahorros.

Sofía se levantó y parecía dispuesta a retirarse.

— Eso nos va a pasar a todos.

Julieta soltó a Cristina y también se levantó.

— Es todo lo que tengo — dijo en un pequeño murmullo.

Sofía la abrazó y se alejaron caminando. Cristina no supo lo que se decían. Al contrario de lo que esperaba, el calor del café le renovó la sensación de sueño. El grito de un pájaro alcanzó a asustarla. Quedarse sola le abrió el horizonte de sus propios días, y se sumergió en el misterio de preguntas que tendría que responder tarde o temprano y que no sabía cómo.

Sintió la dureza del escalón donde estaba sentada y cambió la posición de su cuerpo. Empezaba a hacer calor aunque el cielo no se hubiera despejado. Cerró los ojos y oyó las voces de las mujeres riéndose. El viento trajo el alarido de un animal y unas campanas resonaron lentamente en el aire. Todos los sonidos caían blandos sobre el cuerpo entero de la niña, que se abandonó en una modorra suave y dulce. Durmió lentamente. Varios sueños completos pasaron frente a sus ojos, atendió un par de conversaciones y volvió a dos o tres lugares que ya había olvidado.

El motor de un carro que se acercaba y el chirrido de sus latas estremecidas por los baches del camino la despertaron. Era el carro de Fidel. Amarradas a la parte trasera del vehículo colgaban dos bicicletas y por la ventanilla se asomaba la cabeza alegre del hombre que agitaba la mano en dirección a Cristina.

— ¿Listas? — preguntó saltando y golpeando la puerta con fuerza cuando se detuvo el vehículo. Tengo el telescopio y las bicicletas. Sólo pude conseguir dos, pero no creo que Julieta sea muy deportista. Vas a ver los caminos que hay por allá

— afirmó apretando nuevamente el soporte que sostenía los aparatos —. ¿Dónde están?

Cristina, refregándose nuevamente los ojos, le señaló el potrero donde se veía a las dos figuras tambalearse como si el movimiento de un barco las meciera. No se demoraron tanto llegando, y cuando lo hicieron, Cristina supo que las dos habían estado llorando. A juzgar por el tacto con que las condujo al interior del automóvil y el silencio que mantuvo durante los primeros minutos del viaje, Fidel también quiso preservar la intimidad que habían dejado las lágrimas.

El viaje fue más largo de lo previsto. Cuando tuvo lugar la segunda pinchada del destartalado Land Rover del profesor de literatura, Sofia decidió tomar la flota de vuelta a Bogotá sin dar muchas explicaciones. Había pasado el mediodía, todavía no llegaban al lugar donde Julieta quería almorzar y faltaba esperar que Fidel volviera con la llanta reparada. Con la esperanza de proteger sus cabezas del sol bajo las latas deshechas y la lona raída se introdujeron en el campero.

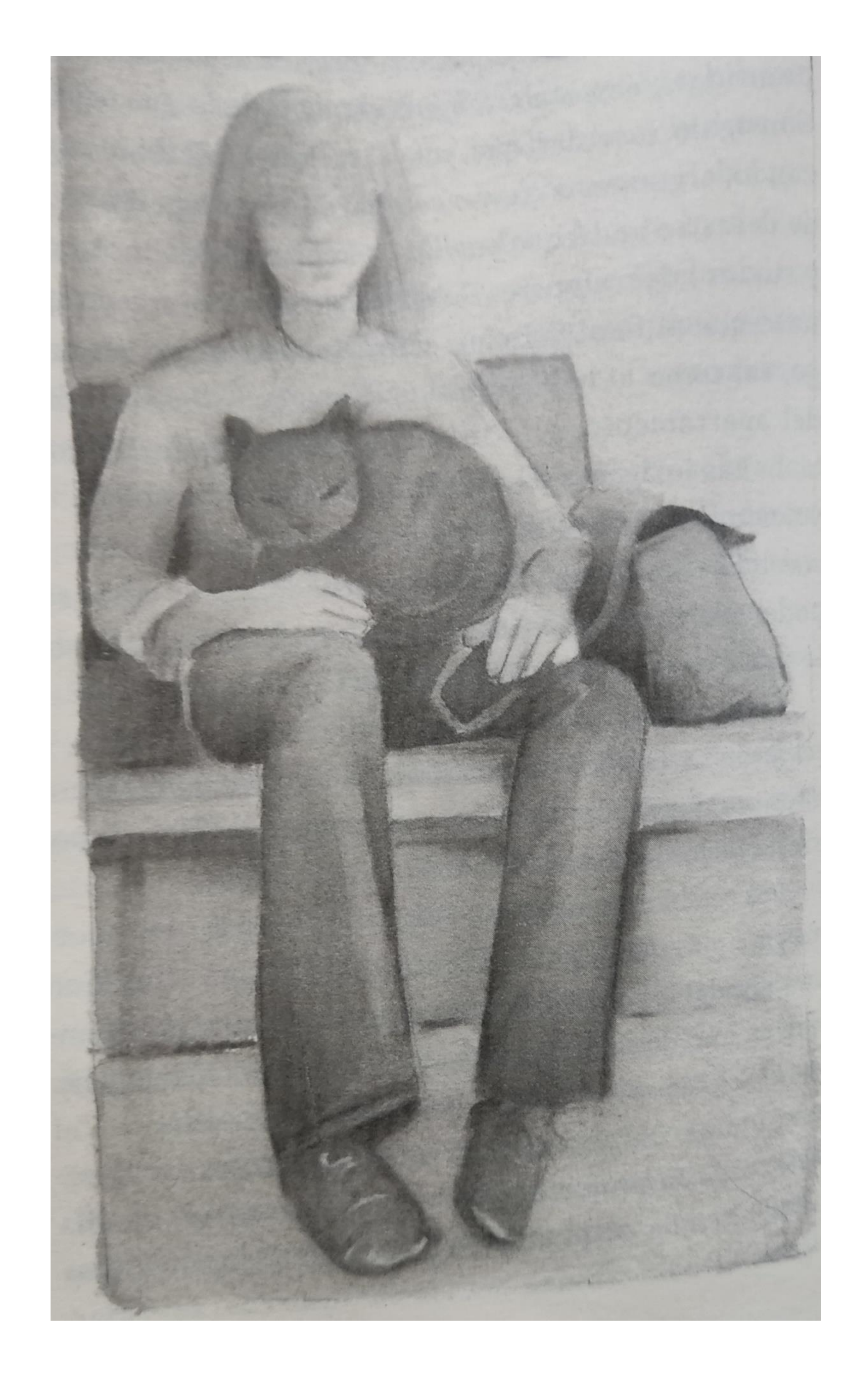
Cuando por fin llegó Fidel, las encontró coloradas, sentadas al borde de la carretera. Apenas lo saludaron. Mientras cambiaba la llanta pudo entender que el humor no estaba en el mejor tono y que las bolsas de agua que había conseguido y ya estaban tibias tampoco lo mejora rían.

Otra vez en camino, Cristina notó que su tía seguía molesta. Fidel no decía una palabra. La verdad es que estaban cansados y una cierta irritación creaba tensión en el ambiente, de manera que cualquier conversación que implicara una decisión colectiva era seguida por un incómodo silencio que se resolvía con frases del tipo: "Como quieras, me da lo mismo", a lo que seguía: "Pero eras tú la que tenía ganas de...", "Sí, pero ya me da lo mismo". Cuando oyó la misma

conversación por tercera vez, Cristina se dio cuenta de que algo andaba definitivamente mal. El motivo del viaje, que hace apenas unas cuantas horas era tan claro y alentador, se había diluido en el calor de las horas. De nuevo esa extraña niebla de incomprensión se empezaba a apoderar de todo lo que ocurría. Consiguió recordar que sus vacaciones estaban empezando, argumento que no cambió en mucho la sensación de desastre inútil que percibía en el bamboleo incómodo y ruidoso del campero. Debió hacer un esfuerzo y repetirse que al final del viaje volvería a estar con su amigo, tal como lo había deseado después de los episodios del apartamento, y lo más seguro era que lo pasaran bien. Las imágenes de ese último encuentro con Fidelito volvieron a su mente, agudas como un punzón que le revolvió el estómago. Respiró profundo varias veces sin poder alejar del todo esa sensación. Todavía cansada, lo sintió en sus ojos, así que se volvió a dormir.

Llegaron casi al anochecer. Nadie habló hasta que estuvieron instalados en una gran casa colonial, de techos altos donde circulaba un aire fresco y perfumado por el olor de los jazmines del jardín.

Los recibieron la señora Soledad y Rosario, una enorme gata gris que seguía a la mujer por todas partes. Con una agradable sonrisa, la gran mujer los hizo seguir y encargó a uno de sus hijos que ayudara a bajar el equipaje. Las bicicletas con cambios fueron motivo de admiración y preguntas. La gata escogió a Cristina entre los huéspedes para su propio beneficio y sólo se separó de ella cuando la niña entró al baño y le cerró la puerta en los bigotes.



El final del viaje los recompensó con sus efectos relajantes, y una vez que pudieron recuperar el don de la palabra, le pidieron a la señora Soledad que les preparara algo de comer mientras se bañaban. Comieron con enorme apetito, y ya limpios, alimentados y sin nada distinto por hacer, se acostaron a dormir con la promesa de buscar en la mañana a Fidelito, a quien los hijos de la señora Soledad habían visto volviendo del desierto con su grupo.

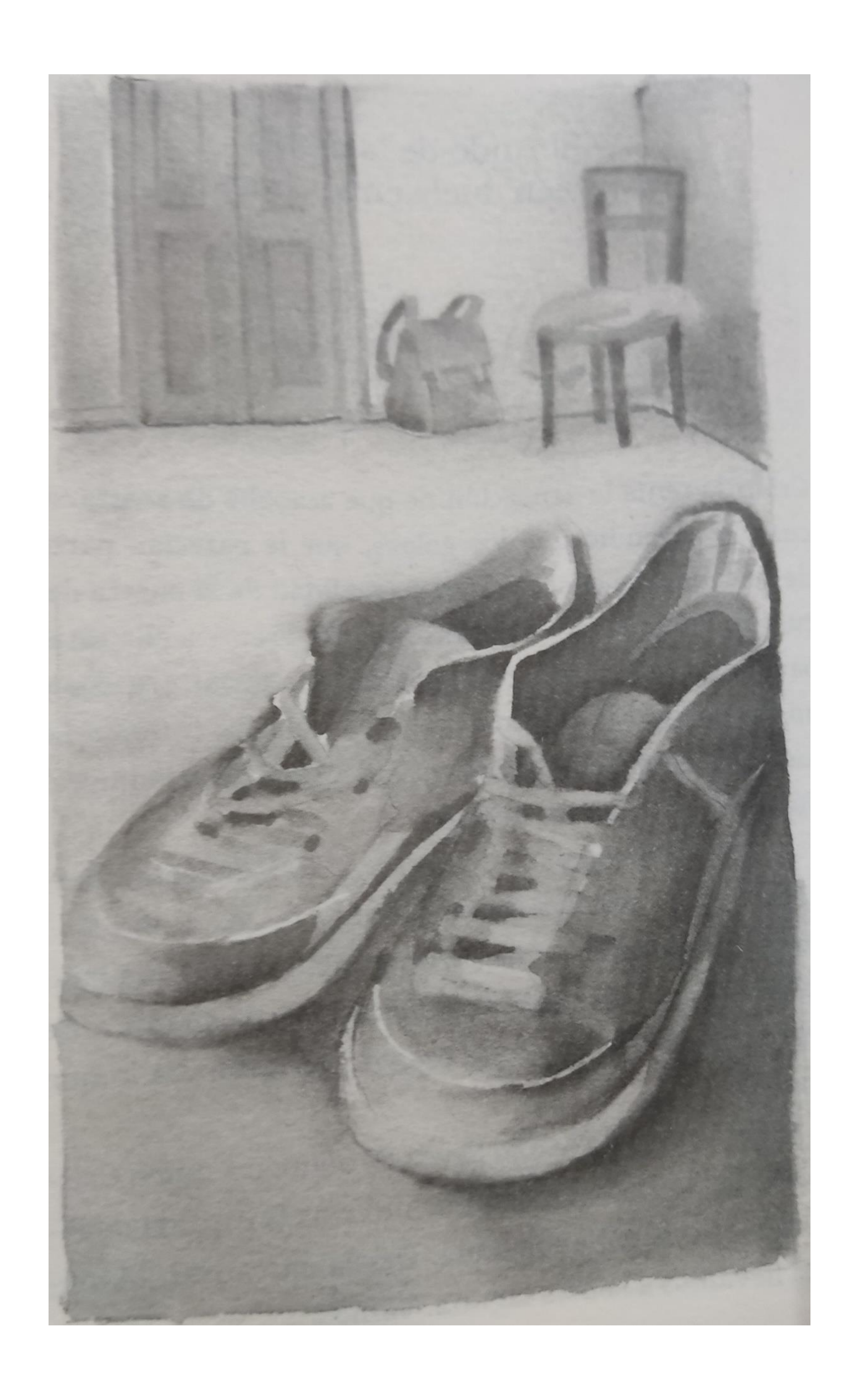
El ruido de la niebla también duele en los huesos

Cristina tenía la sensación de que acababa de acostarse cuando entendió que los golpes, que le parecían parte de su sueño, se desprendían en realidad de la puerta del cuarto. Extrañada, se levantó y abrió. Frente a ella estaba el niño rechoncho, con las gafas de vidrios gruesos y un par de marcas de granos rojos bajo el labio inferior. Le sonreía alegre. Tenía el pelo mojado, pero daba la impresión de estar cubierto de polvo.

— Vine a recogerla — susurró —. Todavía están dormidos — dijo señalando las puertas de los adultos —. Hoy vamos a subir a una laguna. Me imaginé que quería conocerla — se creyó en la necesidad de añadir ante el silencio de Cristina, que todavía no entendía lo que pasaba.

— Está dormida — dijo la voz de alguien a quien Cristina no había visto por estar oculto tras la espalda de Fidelito —. No le entiende nada. Déjela descansar. Mañana la llevamos a la otra laguna. Vamos.

Fidel no dejaba de mirar a Cristina, que simplemente no podía creer que su amigo se pudiera transformar de esa manera. Tenía pañoletas amarradas por todo el cuerpo; de su espalda colgaba un morral increíblemente grande para no haberlo dejado en la puerta de la casa o apoyado contra la pared mientras la saludaba; sus piernas estaban medio cubiertas por unas bermudas largas de tela gruesa, burda y verde; las gafas que antes llevaba soportadas por las patas sobre las orejas, ahora estaban apretadas contra su cara por una banda elástica de colores, y para rematar, se había encasquetado una cachucha negra que atrapaba sus orejas. Además,



realmente se sentía dormida. Había tenido que hacer esfuerzos para despertarse y para levantarse, y ahora luchaba por entender lo Fidelito le decía y pensar lo que debía responder.

— No — alcanzó a detenerlo tomándolo del morral —. Espere me visto por lo menos — le pidió y volvió a entrar a su cuarto. Se detuvo un momento para pensar qué debía llevar, si las botas o los tenis.

— ¿Adónde vamos? — preguntó.

— A una laguna. Son tres horas y media caminando en subida y dos largas bajando, si no cae la niebla — respondió la voz del otro, que se había quedado afuera y a quien Cristina todavía no había visto.

— Gracias — dijo Cristina. Sacó un pequeño morral, se puso las botas y empacó un par de medias, una camiseta y un suéter de lana de muchos colores. Se detuvo y guardó una caja de aspirinas.

— Tranquila. Yo llevo todo lo que podamos necesitar — la detuvo Fidelito —. Qué pena afanarla tanto, pero es que afuera hay como veinte personas esperando.

— Pero no he desayunado.

— Mejor, con eso no le da vaso.

Cristina aceptó la explicación, más porque no tenía hambre que por evitar la malévola ironía que le pareció entender en ella. Se puso un sombrero, se ajustó bien las botas y se colgó el morralito en la espalda.

— ¿Usted lleva agua? — le preguntó a Fidelito sintiendo que la forma de la pregunta marcaba una extraña distancia. Realmente se había imaginado que el encuentro sería diferente.

— No, el agua la lleva Manuel — le respondió Fidelito cuando Cristina terminó de salir del cuarto. Frente a ella, Manuel, un joven mayor que ellos, sostenía en su espalda un bidón de veinticinco litros colgando de los hombros. Afectando su equilibrio, le extendió la mano. —Mucho gusto. Manuel Hernández, soy guía del grupo.

Cristina le estrechó la mano y le pareció divertida la expresión de seriedad con que se había presentado. Después de todo, empezaba a pensar, podría ser un buen día. — ¿Qué hora es? — preguntó antes de franquear la puerta de salida de la casa.

— Falta un cuarto para las seis — le respondió Manuel desde atrás, obligándola a salir primero a la calle. Afuera, realmente, había cerca de veinte personas esperando. Algunas eran adultas, pero la mayoría eran jóvenes; el mayor de ellos tendría veinte años y los adultos parecían no tener mucha relación con ellos. Los grupos estaban bien definidos y Cristina fue guiada por sus dos acompañantes al lado de dos jovencitas: Ana María y Mónica. Las niñas le sonrieron amablemente, pero al cabo de unos minutos Cristina entendió que no estaban dispuestas a que una tercera entrara en su círculo de confidencias. Ya había vivido eso algunas veces y siempre había preferido alejarse voluntariamente a tomar el riesgo de ser expulsada de manera evidente. Le hicieron dos o tres preguntas cordiales que le permitieron entender que Fidelito había hablado de ella. El calor de la piel del estómago volvió a atraparla y no supo cómo continuar la conversación. Iban caminando adelante del grupo, de manera que disminuyó el paso y se acercó a Manuel y Fidelito.

A pesar de que el sol no llevaba mucho tiempo sobre el firmamento, ya empezaba a hacer calor y los dos guías se habían detenido para proteger de sus rayos el bidón de agua. Cristina los acompañó sintiendo cómo empezaba a humedecerse su camiseta en la espalda.

─ No se afane. Apenas empecemos a subir, el calor se irá ─ le sonrió Fidelito.

─ Ojalá, si no, creo que se me van a derretir las piernas ─. No había pensado en eso. Los pantalones que tenía puestos eran gruesos y pesados.

Estaban nuevamente en marcha, saliendo del pueblo y entrando por una estrecha carretera delimitada por dos muros cubiertos de maleza espinosa. Manuel sacó del bolsillo del ancho chaleco un discman, se conectó los audífonos a las orejas y le sonrió a Cristina en señal de despedida.

─ Es la única manera de aguantar semejante carga hasta la laguna. El agua es lo más pesado.

─ Claro ─ respondió Cristina ─, en los viajes espaciales es un cálculo crítico. ¿Cuánta agua debe llevar la tripulación? ─ levantó los hombros y se dio cuenta de que las dos niñas que iban delante de ellos estaban oyendo la conversación.

─ Me imagino. A mi papá le vendieron unos adaptadores que había diseñado la NASA para ahorrar agua en el espacio, convenciéndolo de que iba a ahorrar la mitad de agua que gastaba, y sólo consiguió subirle tanto la presión a los tubos que se reventaron dos. Cuatro días sin agua en mitad de semana académica.

─ Qué delicia ─ comentó Cristina sin imaginarse que la tecnología pudiera ser la puerta de entrada.

— ¿Qué tal el viaje? — preguntó por fin Fidel. Cristina sintió que empezaba a bajar el puente levadizo que había encontrado levantado. Le contó más o menos las novedades de los dos últimos días y le describió casi con orgullo el papel de salvador que había representado su padre en todo el problema de Julieta y el apartamento con su idea de venir todos de paseo. Fidelito se quedó mirándola.

— Yo le pedí que la trajera. No había podido comunicarme con usted y quería que viniera... A cambio del paseo...

El hilo delgado de la promesa que se había quedado suavemente insinuada entre los dos, apareció de nuevo con claridad, devolviéndole toda la firmeza que Cristina necesitaba para encontrarle sentido a lo que sucedía. A partir de ese momento hablaron sin detenerse hasta la primera parada. Manuel descargó el bidón sobre una piedra y sirvió una ración de agua para las personas que la quisieron. Fidel se sentó a su lado para ayudarle en lo que fuera necesario. Mónica y Ana María sacaron una barra de chocolatina de leche y la repartieron entre los cuatro. Cristina recordó que tenía hambre y se lo hizo saber a Fidelito. Su petición fue oída por todo el mundo, y una serie de miradas cuyo sentido no comprendía se cruzaron entre su amigo y las dos niñas sonrientes y bien desayunadas.

— Tengo una lata de sardinas — le ofreció Fidel. Las dos niñas volvieron a sonreír y asumieron la posición de estar viendo una obra cuya representación hubieran esperado con paciencia. Cristina se sintió un poco acorralada y no entendía si el ofrecimiento de pescado enlatado a las siete de la mañana era una burla o una ofensa. No respondió nada y recibió el pan que le entregaba Manuel. Estaba masticándolo y a punto de atorarse cuando se le atravesó en los ojos una

caja de jugo de manzana con perlas de humedad que delataban su temperatura. La mano que la sostenía pertenecía a Fidelito, que la miraba sonriendo.

— Era un chiste, tranquila... Aquí a nadie se le da pescado tan temprano — bromeó en voz alta y varias risas le hicieron eco, entre ellas, por supuesto, las de Mónica y Ana María. Cristina recibió el jugo, insertó el popote y le dio un largo sorbo liberando su garganta del mazacote de pan.

— De todas formas, no creo que nadie sea capaz de comer pescado enlatado a estas horas, a menos de que no fuera previsivo y no tuviera nada más — replicó sonriendo y sacando del bolsillo una barra de granola. Su gracia también fue celebrada con unas cuantas risas.

Continuaron el camino. La pendiente se hacía cada vez más marcada y el sendero desaparecía por trayectos, confirmándole a Cristina la necesidad de contar con un guía en ciertos casos. Muy pronto estuvieron rodeados de árboles y vegetación. El olor a humedad, los sonidos de los pájaros alejándose asustados de su presencia y el cuidado para no perder el pie entre las raíces que se apoderaban del sendero, mantenían ocupada la atención de todos.

— Ya casi llegamos al límite del páramo — anunció Manuel a los que estaban cerca, seguro de que la información sería repetida hasta el final de la caravana. Las dos niñas que marchaban adelante cerraban ahora la fila y maldecían de vez en cuando. Cristina se sentía bien, aunque realmente hubiera preferido poder desayunar. No tenía hambre exactamente, sino una difusa sensación de insatisfacción gástrica que distrajo concentrándose en el camino, que paso a paso se volvía más complicado y obligaba a disminuir notablemente el ritmo de la marcha. El calor se había hecho en verdad intenso y la humedad hacía que las

ropas se pegaran a la piel dificultando los movimientos. El persistente alarido de los insectos ululaba como si el aire fuera una campana llena de ellos. Las ramas de los árboles y los arbustos hacían más y más angosto el paso, obligando al grupo a avanzar en una larga fila india. Las conversaciones, que se habían vuelto esporádicas, se apagaron por completo. Al parecer, cada uno estaba definitivamente sumergido en el ritmo de sus propios pasos. Esta situación se prolongó un poco más de lo hubiera querido tolerar, sobre todo porque descubrió que Cristina una de las botas que llevaba puestas tenía una gruesa costura que con la humedad empezaba a tallar una herida en la piel de su tobillo. Cuando el camino se abrió y volvió a aparecer el cielo sobre sus cabezas, estaban frente a una cabaña pequeña al lado de la cual había una serie de mesas de madera. Un hombre joven los esperaba sonriendo.

— Es el guardabosques — le explicó Fidelito a Cristina, que avanzaba delante de él.

Al detenerse en el claro, Manuel dejó caer el bidón con un gemido y se lanzó sobre una de las bancas. Todos querían sentarse, y muchos lo hicieron en el suelo.

— Estamos a una hora del camino. Pero seguramente está embarrado y también puede llover — anunció Manuel. Cristina se estaba quitando la bota para revisar el tamaño de la herida que la costura le había hecho y sintió un agudo ardor al retirar la media de la carne húmeda. Maldijo por no haber traído sus propias curas y tener que llegar a saltitos hasta Fidelito, que conversaba con Mónica y Ana María.

— Yo les dije que era duro — decía el niño quitándose la cachucha y mojándose el cuello con un pañuelo recién humedecido.

— Sí, pero no dijiste que teníamos que caminar detrás de diez personas — se quejó Mónica.

— Ni que tú ibas a ir tan lejos — completó Ana María. Cristina creyó ver un ligero rubor en las mejillas gordas de Fidelito, que actuaba con la toda la conciencia de héroe que puede tener un guía de bosques tropicales de quince años frente a dos muchachas contemporáneas y dispuestas a convertirlo en su objeto de admiración.

— Necesito una cura — anunció apenas saltó dentro del campo visual del guía —. Tengo una ampolla ensangrentada y me duele.

Fidelito se quedó mirando el pie blanco y largo que Cristina sostenía en su mano.

— No creo que haga falta una cura para algo tan pequeño — opinó.

— Pues yo no le estoy preguntando qué cree, le estoy pidiendo el favor de darme una cura, si tiene.

Fidelito que, no había medido las consecuencias de sus palabras, se acercó al morral en silencio observado por tres mujeres en tensión y sacó una caja de curas, escogió tres de las más acolchadas que tenía y un frasco de desinfectante.

— Si se la va a tapar es mejor que se la limpie bien. Con esta humedad, y tapada, lo más seguro es que se le infecte — le dijo extendiéndole lo necesario para que se curara.

Cristina recibió los insumos y se alejó dando los mismos saltitos sobre un pie hacia la banca donde había dejado su otra bota. Tropezó y cayó, pero se levantó con un gesto que fácilmente se hubiera podido interpretar como iracundo. Lavó la

herida con desinfectante y vio que Fidelito seguía hablando con las dos niñas. Se puso dos curas en la piel rota y una más sobre la costura que había causado el daño. Se cubrió el pie con dos medias y se volvió a poner la bota. Se acercó a Manuel, que repartía agua y conversaba con el guardabosques. Recibió un vaso de agua fresca y una sonrisa.

─ Se hizo daño ─ observó el guardabosques.

─ Si ─ respondió Cristina ─. Una costura salida. Pero creo que ya puedo seguir.

─ Qué bueno, porque de aquí en adelante es lo más lindo ─. comentó Manuel, y se dirigió al guardabosques ─ Y ¿qué tal están?

─ Bien. Calmadas. No hemos tenido problemas. Pero usted sabe, en cualquier momento deciden y se tapan. ─ Hablaban de las lagunas.

─ Si en tres horas no estamos de vuelta, nos busca... ─ pidió Manuel abriendo los ojos.

El guardabosques le respondió con la sonrisa más linda que Cristina jamás hubiera visto. Era el primer guardabosques que se encontraba en la vida y le parecía increíble que alguien hubiera decidido quedarse a vivir en medio de la selva, sin luz, agua, teléfono, teniendo tan sólo unos cuantos años más que ella... Respondió todas las preguntas de la niña e incluso la invitó a entrar a la cabaña, cosa que Manuel sólo había conseguido hacer una vez en todo el tiempo que lo conocía. Adentro había instrumentos de todo tipo y una estufa de leña que ardía suavemente. La señaló y dijo:

─ Cuando bajen les tengo algo caliente para que puedan seguir.

El anuncio le hizo sentir a Cristina una mezcla de seguridad y respeto frente a lo que debería ocurrir a continuación. Afuera todo el grupo volvía a alistarse. Manuel emprendió la marcha esta vez sin el agua. Fidelito, en cambio, continuaba con el morral que lo hacía bambolearse un poco más de lo normal a cada paso. Cristina avanzaba cerca de Manuel, que caminaba en silencio, concentrado en los sonidos.

— Es importante oír. Es lo más importante — le explicó a Cristina, que inicialmente procuró mantener una conversación con él.

Avanzaron un rato por el camino estrecho, rodeado de vegetación y surcado por pequeños chorros de agua que escurrían continuamente. Pronto llegaron a un lugar más amplio y a pesar del calor que les producía la subida, que se había hecho más empinada, el frío del aire ya empezaba a sentirse. El cielo se hizo más visible y apareció otro tipo de plantas. Durante un momento creyó que caminaban entre las nubes. A lo lejos las figuras erectas de los frailejones los observaban avanzar. Más pronto de lo que pensaba, llegaron a la primera laguna. Era increíble encontrar de repente, en medio de la nada, una laguna con el agua quieta y transparente. A sus orillas había una serie amplia de piedras negras y misteriosas. El silencio estaba cargado de susurros delicados que pronto se fueron tapando con los jadeos de los demás integrantes del grupo que iban llegando. Cristina pensó que Manuel les iba a pedir silencio como a ella, pero los dejó llegar, sonriendo satisfechos por haberlo logrado. Cristina se subió a una de las piedras más grandes y se quedó allí, mirando la laguna, con el pelo agitado por el viento que todavía no había sentido. A su espalda, la gente se extendía sobre la tierra y descansaba mientras Fidelito repartía la merienda. Cuando le llegó su turno, recibió una



segunda caja de jugo con un sánduche envuelto en papel celofán y la recomendación de botar los desperdicios en la bolsa negra que quedaría en el lugar señalado. Cristina comió agradecida y se sintió realmente reconfortada y feliz de poder estar en la laguna sintiendo lo que estaba sintiendo. Miró hacia atrás y encontró la escena que había podido imaginarse. Fidelito conversaba con las dos niñas. No entendía lo que pasaba. Sólo una cosa tenía clara: el encuentro no había sido como imaginaba. A pesar de la ansiedad que durante el trasteo y el viaje le había producido la idea de volver a encontrarse con Fidelito después de la promesa, ahora, en lugar de sentirse calmada por haberse reunido con su amigo, sentía de nuevo esa sensación que se le había vuelto familiar: no entendía las razones de las cosas, perdía la claridad sobre lo que ocurría. Terminó de sorber el contenido de la cajita y saltó de la piedra. Su curación había funcionado perfectamente. El pie había dejado de dolerle por completo. Dejó la basura en el lugar convenido y caminó sin rumbo preguntándose cuánto tiempo más tendría que quedarse sola antes de volver a bajar. No le molestaba, pero sentía que había algo incómodo en ello; y sobre todo planeado. Nuevamente Manuel fue su refugio. Hablaba con otro grupo de paseantes y les explicaba la disposición geográfica de las siete lagunas. Contó dos leyendas de la tradición indígena del lugar y habló del respeto que era necesario tener a la tierra de las lagunas.

— Están vivas. Ellas sienten cuando alguien es arrogante, y lo castigan. Éste era un lugar de adoración donde los más grandes debían venir con humildad — explicaba Manuel. Alrededor de Fidelito también se había formado un grupo. Seguramente explicaba algo similar, pero Cristina nunca lo pudo saber.

La bajada fue simple: pasaron por la cabaña del guardabosques, que con su sonrisa de profunda felicidad y encuentro con fuerzas superiores, los esperaba con una taza de agua de panela con hierbas. Llegaron de vuelta al pueblo bastante pasado el mediodía. El grupo se alojaba en uno de los hoteles, de manera que muy pronto Cristina recibió las indicaciones para volver a la casa, y terminó su camino sola. Esos últimos pasos los dio despacio, sin afán, atendiendo lo más posible a sus confusas sensaciones y presintiendo que su cuerpo caería sometido a la debilidad que produce la gripa. Muchas veces había sentido lo mismo. Si algo andaba mal, su organismo se empeñaba en empeorar las cosas con una gripa. Y aunque siempre superaba con facilidad las enfermedades, cuando se aproximaban, sentía que la iban a derrumbar. Además de la desazón general, le dolían los huesos y una fuerte opresión en la garganta le hizo pensar en tomar antibióticos. Cuando llegó a la casa de la señora Soledad, le anunciaron que Julieta y el papá del traidor ya volvían. Se desvistió rápidamente, descubrió que su ropa había quedado impregnada con el olor de las flores de la montaña y se sumergió bajo el compacto chorro de agua de la regadera. Tenía ganas de llorar, pero sabía que si empezaba sería difícil terminar, de manera que suspiró y se contuvo. Cuando se secó, se vistió con lo más ligero que encontró en su maletín rojo y se recostó. No supo cuánto tiempo durmió.

Las espinas no siempre salen solas

Cuando despertó, su tía estaba a su lado acariciándole el pelo, tratando de sacarla del sueño de la manera más suave posible. Cristina tomó la mano de la tía y la abrazo. La sonrisa de Julieta la reconfortó. Se levantó y se dejó abrazar mientras la tía llenaba todo con palabras entrecortadas y sin sentido aparente, pero que Cristina recibía como más caricias.

— ¿Cómo te fue? — preguntó finalmente Julieta cuando la niña ya se había despertado por completo.

— Bien. La laguna es muy linda.

— ¿Y Fidelito? ¿No vino contigo?

— No. Seguro está muy ocupado — respondió Cristina procurando alejar el dolor que seguro había en sus palabras.

Julieta la miró a los ojos. Cristina le sostuvo la mirada sin decir nada y se dejó abrazar nuevamente.

— ¿Tienes hambre?

— Sí. Mucha.

— Claro. Saliste muy temprano y sin desayunar.

Cristina no respondió nada. Simplemente avanzó abrazada de su tía, envuelta en su olor y su calor hasta la mesa donde Fidel partía una enorme papaya amarilla. La comida fue deliciosa y alegre. El hombre se sentía feliz de estar en ese

lugar y hablaba sin detenerse, de manera que Cristina y Julieta se limitaron a comer y a reír.

Después de almorzar, Cristina se quedó un rato sumergida en un cálido sopor en medio del sonido de las chicharras y las extrañas conversaciones de los loros. Miró el techo de la casa hasta que sintió mareo a causa de la quietud. Cuando se aburrió y salió de nuevo, se encontró con los hijos de doña Soledad. Los dos muchachos, de edad indefinida, se preparaban para bajar al río y la invitaron. Aceptó con gusto. El lugar era hermoso y el propósito del paseo, deslizarse sobre un neumático por la corriente y devolverse para volver a lanzarse. Cristina disfrutó enormemente con el juego y la risa nerviosa que les producía perder el control de la embarcación y quedar a merced de las aguas. Después de subir y bajar varias veces, se quedaron sobre una piedra secándose con los últimos rayos del sol hasta cuando la cantidad de mosquitos hematófagos y entusiasmados por el banquete que representaba la sangre dulce bajo la piel blanca de Cristina, los obligó a volver. Aprovecharon la distancia para medir sus cualidades en un par de alegres carreras que terminaron de exprimir la energía de sus músculos y de alejar la molesta sensación de gripa que la había rondado.

En la casa estaban Fidelito y Manuel, que jugaban cartas con Fidel y la dueña de casa. Julieta había salido a comprar algo. El encuentro fue cordial pero distante. Cristina fue invitada a jugar cartas.

— No, gracias, vamos a comer helado — explicó y señaló a sus dos sonrientes acompañantes.

— ¿La van a llevar a donde don Jacinto o a la Flor? — quiso saber la dueña de casa.

Los muchachos levantaron los hombros en gesto de indiferencia.

─ Pues entonces vayan a la Flor. Allá se pueden sentar al lado del abanico para que no los piquen los mosquitos ─ consideró la dueña de la casa al ver que Cristina se rascaba con avidez las piernas.

─ Lo mejor es tomarse una tableta de tiamina, ¿quiere? ─ le ofreció Manuel.

─ No, tranquilo. Gracias. Tengo una crema que me voy a poner y listo. Gracias ─ repitió Cristina y siguió a su cuarto ─. Nos vemos ahorita ─ les anunció a los nuevos amigos y desapareció tras la puerta de su cuarto.

Al salir con la tercera muda del día y oliendo a repelente se encontró con Fidelito, que la esperaba. Afuera, al fondo, detrás de él, los muchachos también esperaban sentados como si estuvieran ocupados en algo imprevisto pero importante.

─ ¿Está bien? ─ le preguntó sin preámbulos el niño.

─ Claro, ¿por qué? ─ le respondió deteniéndose un segundo a su lado y mirándolo a los ojos a muy corta distancia. El niño trastabilló tratando de alejarse ─. ¿Quiere ir a comer helado? ─ lo invitó Cristina.

Fidelito miró para los lados. Era evidente que no quería comer helado. Quería decirle algo que no era fácil de decir, pero Cristina, que se había dado cuenta de eso desde el primer instante, trataba de evitar semejante posibilidad. Lo que menos hubiera querido era una estúpida explicación de pareja. Las odiaba. Nunca había participado en una, pero cada vez que presenciaba una de esas escenas le parecían más detestable. Además, dejarla ocurrir equivaldría a reconocer que entre ellos "había algo", y nada más alejado de su deseo.

— Qué, ¿viene o no? — insistió cuando se había alejado lo suficiente aprovechando el espacio que había abierto la vacilación del niño.

Fidelito se acomodó las gafas sobre la nariz y negó con la cabeza.

— No, tranquila. Tengo que hacer unas vueltas.

Cristina asintió en señal de despedida. Estaba saliendo de la casa cuando la pregunta del niño la detuvo:

— ¿Quiere ir a la otra laguna mañana?

Cristina se volvió, a su lado estaban los dos hijos de doña Soledad. Se sentía respaldada.

— No, gracias. Me canso mucho.

— Pensé que eso era lo que le gustaba.

— ¿Cansarme? No. Jugar es lo que a mí me gusta — le aclaró Cristina y les sonrió a sus nuevos amigos. En ese momento entraba Julieta con unas bolsas; acarició a la niña e interrumpió la tensa conversación averiguando hacia dónde iban. Tuvo ganas de acompañarlos a comer helado y se unió a la comitiva. Cuando salieron, Fidelito se quedó en la mitad del zaguán sin atreverse a dar un paso.

De noche el pueblo era agradable, el aire circulaba suave y fresco, la gente sacaba las sillas y las mecedoras a la calle para conversar. La iluminación pública era tenue y escasa, lo que recordaba, además del interminable sonido de las chicharras, la lejanía de la ciudad. Se comieron dos helados cada uno y volvieron a la casa dando un rodeo grande que abarcó todo el pueblo. Los acompañantes de las visitantes aprovecharon para contarles todo lo que había pasado durante los últimos años en cada una de las calles donde se asomaban. Antes de llegar a la por

casa se acercaron al hotel. Desde la calle se veía la sala, y allí a Mónica y a Ana María, que le hablaban al tiempo a Fidelito. Cristina dejó de hablar hasta cuando llegaron a la casa y cada cual se dedicó a lo suyo. Julieta empezó a leer uno de los libros que había comprado cuando conoció a Fidel y muy pronto se quedó dormida. Cristina se acomodó en una mecedora y se quedó un rato largo allí sentada sin hacer nada. Pronto se dio cuenta de que se estaba quedando dormida como su tía, la despertó y se fue ella misma a la cama.

Al día siguiente, mientras Fidelito visitaba la otra laguna, Fidel y Cristina montaron en bicicleta. Recorrieron muchos caminos, subieron y bajaron lomas. A pesar de estar mucho tiempo juntos, no cruzaron palabra sobre lo que pasaba con Fidelito. Cristina lo agradeció. Si no le gustaban las explicaciones entre los amigos, menos con los papás de los amigos.

Al mediodía, Fidelito estaba con ellos para almorzar. Comieron con hambre y después de hacerlo, los adultos se fueron a dormir la siesta mientras doña Soledad envió a sus hijos, casi obligados, a hacer las tareas del colegio que tenían pendientes. Cristina pensó que ya sería inevitable esquivar por más tiempo la presencia del niño y procuró mostrarse lo más relajada posible.

—¿Qué le pasa? —insistió Fidelito.

—¿De qué? —se escabulló Cristina.

—Está rara. No entiendo. ¿No éramos amigos?

Lo inevitable había llegado. Cristina se sonrió por sus dotes de adivinadora.

—¿Rara? No. ¿Por qué?

—Me da la impresión de que me esquiva. No entiendo qué le pasa.

Cristina habría querido dar por terminada la incómoda conversación, pero no se sentía capaz de hacerlo. Tomó aire, sintió la bola caliente que le subía desde las rodillas hasta las mejillas delatándola y dijo lo que pensaba:

— Al contrario. Yo soy la que no entiende. — Se detuvo y retomó una parte de eso que durante esas vacaciones procuraba escapársele —. Pero, no. ¿Sabe qué? Odio las explicaciones. Me aburren.

— A mí también. Pero me pone nervioso que usted ande por ahí, indiferente.

— ¿Indiferente? — preguntó como si quisiera enterarse qué significaba esa palabra. Realmente, en ese momento había olvidado su sentido y se sintió todavía más perdida —. ¿Y cómo quiere que ande por ahí?

— No sé. En Bogotá me parecía que... No sé... Por eso le pedí a mi papá que las convenciera de venir... Porque yo pensaba que... — tampoco pudo terminar de decir lo que quería.

Cristina sintió que lo único que podía hacer era reírse, y lo hizo. Sus carcajadas fueron contagiosas, y pronto los dos se miraban y se reían sin saber cómo detener aquello que arrastraba a la risa. Cuando recuperaron un poco la respiración, Fidelito la tomó de la mano y la arrastró fuera de la casa.

— Venga, acompáñeme al hotel. Tengo una cosa que darle.

— ¿Le parece que un regalo va a dejar de hacerme andar por ahí...?

Fidelito la miró. Sonrió y siguió arrastrándola por las calles empolvadas del pueblo. Cuando empezó a distraerse con las escenas que ocurrían frente a sus ojos, Cristina decidió avanzar por su propia voluntad: se soltó de Fidelito sacudiéndose el brazo y cuidándose de dejarlo siempre un paso atrás de su espalda. Aunque

siempre había odiado ese tipo de situaciones donde los compromisos se convierten en algo tan evidente y se manifiestan en algo tan agradable como un regalo, desvirtuándolo y dándole un valor excesivo, avanzaba segura de que al final de aquel camino iba a encontrar algo conocido, que necesitaba hacía tiempo. Por un segundo vaciló y se detuvo dándose cuenta de lo que realmente ocurría, pero cuando sintió el aliento del jovencito rozando su oreja, retomó el paso. Estaba tan sumergida en el movimiento de sus reflexiones que apenas se dio cuenta de haber entrado al cuarto del hotel y de estar sentada en la cama frente al niño que le extendía una bolsa de papel ordinario.

Como si apenas confirmara lo que se había imaginado, se dio cuenta de que estaba sorprendida por la procedencia del paquete, pero tal vez no habría soportado un paquetico rosa con ositos. Le parecía bien una bolsa de papel arrugada, miserable y misteriosa. Sonrió.

—¿Qué es?

—Recíbalo y averígüelo—ordenó Fidelito con autoridad.

Cristina obedeció. El paquete era pesado. Lo sostuvo en las manos durante unos instantes tratando de adivinar el estilógrafo, la caja de chocolates o el libro. No lo consiguió. Retiró la bolsa y sacó un envoltorio de papel blanco, mucho más fino, delicado y protector. Debajo de él había una caja firme, pesada y levemente rugosa, seguramente de plástico duro. Miró a Fidelito sin poder contener la emoción que le producía el regalo. El niño sonrió ampliamente y la invitó a seguir descubriendo el secreto.

—Si no se arriesga a abrirlo, no va a poder averiguar nunca lo que hay dentro.

— ¿Qué puede ser? — preguntó en voz alta sin esperar que le respondieran.

— ¿Quiere que juguemos a las adivinanzas, o prefiere arriesgarse a encontrarlo?

— Es que si juego a adivinar de pronto dura más la emoción de descubrir — se quejó la niña.

— ¿Y no le da miedo de que por jugar se pierda la sorpresa? Lo divertido es que sea una sorpresa. Mejor dicho — aclaró con una voz que apenas le salía de la laringe —, lo compré para que fuera una sorpresa.

Cristina suspiró arrobada por la emoción y se decidió a romper el papel blanco. La caja era afectivamente de plástico rojo oscuro. Le pareció fino. Miró por última vez a Fidelito y se lanzó a abrir la caja; eran unos binóculos. Tenían una forma extraña. No eran completamente redondos y los dos cuerpos no estaban separados del todo. Además, eran de un caucho de color verde oscuro muy llamativo y agradable al tacto.

— Los estaba comprando cuando me encontré con Manuel. No me dio tiempo para nada. Estuve llamándola, pero no me contestó nadie. De todas formas, quería dárselos. Los compré para usted.

Cristina dejó los binóculos sobre la cama y abrazó a Fidelito en señal de agradecimiento. Lo hizo sin pensar, pero cuando se dio cuenta de que sus brazos estaban alrededor de su cuello y sintió la proximidad de su boca con la suya, pensó que el corazón, simplemente, se le iba a detener. Para evitarlo se alejó del cuerpo gordinflón de su amigo y recuperó los binóculos de la cama.

— ¡Vamos a estrenarlos! — dijo ocultando el temblor que agitaba sus rodillas —. ¿Dónde se puede ver bien lejos?

Fidelito sonrió y estuvo de acuerdo. Estaba colorado y unas perlas de sudor adornaban su nada estética nariz. Lo mejor era salir.

Cerca encontraron un sitio descubierto donde pudieron mirar hacia la montaña que tenían en frente. Allí descubrieron un potrero en el cual un campesino doblado en ángulo increíblemente recto trabajaba sobre la tierra. A su lado, unos niños lo ayudaban. Había una represa y un par de árboles frutales. Se quedaron el resto de la tarde buscando cosas para mirar con el nuevo aparato.

— ¿Le gustó? — le sonrió Fidelito.

Cristina se detuvo y sonrió.

— Me encantó. Es el regalo más lindo que he recibido en mucho tiempo.

El niño se había acercado mucho a Cristina y ésta temió que la fuera a empujar.

— De verdad me gustó — insistió tratando de alejarlo.

— Me alegra que le haya gustado... pensé que sólo le gustaba jugar.

Cristina quedó un poco desconcertada con la nueva anotación de su amigo, pero prefirió no darle ninguna importancia y hacer de cuenta que no la había oído.

— La idea es que casi todo puede ser juego — sonrió Cristina. Fidelito le sonrió a su vez y dijo:

— Sí, casi todo puede ser juego, pero a veces es mejor no jugar.

— No entiendo.

— Tranquila, yo tampoco — dijo, y clavó la mirada en la montaña que tenían enfrente. Se quedaron un momento callados. La caída de la luz los hizo emprender el regreso. Caminaban en silencio, rodeados por una tranquilidad que había demostrado ser frágil y delicada. Ninguno de los dos quería destruirla, de manera que siguieron ocupados en usar los binóculos hasta que la noche les impidió continuar haciéndolo.

A pesar de la tormenta, la noche siempre llega a su fin

Al llegar a la casa de la señora Soledad, estaban alegres. No se enteraron de lo ocurrido sino hasta después de la comida. Al parecer, estaban tan ocupados el uno del otro, que no había espacio para nada más en el mundo.

Durante unos segundos Cristina había podido detenerse a pensar en lo que estaba ocurriendo. La situación era tensa a su alrededor. Su tía masticaba con demasiada energía y Fidel fingía estar de buen humor, de manera que exageraba cada comentario que pensaba gracioso, a pesar de que nadie se lo celebrara. Fidelito empezó a mirarlo con atención; su padre se portaba de manera extraña. Al terminar de comer, el niño se levantó y se dirigió a la parte de atrás de la casa. Tenía que hablar con los hijos de doña Soledad para pedirles ayuda. Habían planeado hacer una fogata como despedida del grupo excursionista y necesitaba saber en qué parte del río sería mejor hacerla. Cristina se quedó sentada con los adultos. La mesa del comedor parecía enorme y las polillas hacían repentinas sombras sobre ella al acercarse al bombillo desnudo que los iluminaba. Julieta suspiró sin decir una sola palabra. Cristina se sentía tranquila y satisfecha, no tenía ningún afán de moverse. Fidel se quedó jugando con las moronas del pan mirando en silencio la superficie de la mesa. Cristina era consciente de que algo estaba pasando, pero sencillamente no tenía ganas de averiguarlo. Seguro no se trataba de buenas noticias. Se quedaron en silencio un buen rato oyendo fragmentos de la conversación de Fidelito con los hijos de doña Soledad.

─ Listo, podemos ir a ver ─ anunció Fidelito volviendo al comedor. Cristina se levantó de un salto. Se disponía a salir con él cuando la detuvo el grito de su tía.

— Un momento. Tenemos que arreglar una cosa. Me voy para Bogotá ya mismo.

Fidelito y Cristina se quedaron tiesos en la mitad del zaguán mirando a Julieta, que con las mejillas enrojecidas se había levantado de la mesa.

— Pero Julieta... — terció Fidel sin concluir. Por lo visto ya había sido derrotado en una conversación anterior. Su tono era débil y apocado. Se levantó tratando de alcanzar a Julieta, pero ésta lo detuvo con una mirada fulminante.

— ¿Qué pasó? — atinó a preguntar Cristina.

— No te puedo explicar ahora. Necesito saber si quieres quedarte o te vas conmigo — le respondió Julieta mientras se dirigía a su cuarto y salía con el par de maletines que formaban su equipaje —. El último bus sale dentro de cuarenta minutos. ¿Alcanzas a preparar tu maleta?

— No sé — balbuceó Cristina mirando a Fidelito, que estaba tan atónito o más que ella. Justo cuando todo empezaba a salir como debía, su tía cambiaba los planes.

— Puedes quedarte si quieres. No tengo ningún problema con eso. Sólo dímelo y ya. Necesito saber si te vas conmigo o te quedas aquí.

— Pero es que no entiendo qué pasa. No sé qué decir, no entiendo por qué te tienes que ir hoy mismo en la última flota.

— Mejor no le preguntes -sugirió el profesor de literatura —. Yo creo que debes ir con ella.

Cristina no entendió lo que Fidel le quería decir y se sintió profundamente herida. Le lanzó una nueva mirada a Fidelito, que apenas sintió sus ojos sobre los

suyos rehuyó mirando el piso. Entretanto, padre e hijo se habían ido acercando como si de su cercanía dependiera la estabilidad de la construcción bajo la cual se encontraban. Cristina estaba en medio de las dos aguas, exactamente en la posición que nunca le había tocado vivir pero que había presentido con pavor: decidir entre una promesa y una certeza. Alcanzó a darse cuenta de que su tía con seguridad la necesitaba. También se dio cuenta de que la promesa de Fidelito no se había cumplido. De cualquier manera, dudaba si en realidad deseaba que se cumpliera o era el vértigo de lo nuevo lo que la atraía tan fuertemente a quedarse. Hubiera querido poder detener el tiempo, poder conseguir que las cosas se aclararan un poco más para saber cómo decidir sin perder tanto; pero era evidente que debía decir algo en ese mismo instante. Julieta estaba a un lado de la estancia y su amigo, al lado de su padre, al otro lado. No había remedio.

— Vamos — suspiró y se dirigió a su cuarto. Nunca avanzar unos cuantos metros le había costado tanto. Levantar cada pie del suelo los pocos centímetros que era necesario para avanzar, significó varios segundos de concentración, o por lo menos eso le pareció. Cuando estuvo en su cuarto, se sentó sobre la cama y sintió unas ganas horribles de ponerse a llorar. Una fuerte opresión cubría su garganta y bajaba hasta su vientre apretándole el cuerpo entero como si tratara de expulsar algo. Tomó y soltó aire varias veces hasta que se sintió mareada, y por primera vez en su vida pensó que estaba cambiando. Sumergida en sus propias sensaciones, empacó su reducido equipaje en el morral. Cuando terminó y levantó la mirada, se encontró con Fidelito, que sostenía la caja de los binóculos.

— No los vaya a dejar — le pidió entregándole nuevamente el regalo.

Cristina sintió de nuevo unas ganas horribles de llorar, pero se contuvo y se dedicó a desamarrar nerviosamente la cerradura del morral. Le daba pena hacerlo delante de Fidelito. Se quedaron un segundo en silencio, sin saber qué decir. Fidelito se acercó hasta el borde de la cama y se sentó a su lado. Cuando Cristina terminó de abrir el morral, el niño introdujo en él la caja de plástico rojo. Se miraron de nuevo.

— ¿Qué pasaría? — empezó Fidelito.

— Lo más seguro es que pelearon... — sonrió Cristina por responder lo más evidente.

— Sí, claro. Pero fue grave... — Fidelito iba a continuar, pero la irrupción de Julieta con los dos maletines en la mano lo detuvo.

— Me voy a comprar los pasajes. Te espero en la terminal.

— No sé dónde queda — respondió Cristina abriendo los ojos.

— Fidelito te lleva, para eso es guía — ordenó Julieta y se alejó sin esperar la respuesta del niño.

— Claro, con mucho gusto.

Un nuevo silencio se apoderó de la habitación. Si no hubieran estado tan pendientes de los latidos de sus propios corazones se habrían dado cuenta de que afuera las conversaciones en voz baja continuaban y de que sus nombres se pronunciaban repetidamente. Pero los dos sabían que había algo mucho más importante que eso, y debían atenderlo. La dificultad era que ninguno de los dos sabía dónde se encontraba el centro de aquello que debían cuidar para poder despedirse en paz. Nuevamente fue Fidelito quien empezó:

— Bueno, de todas formas nos veremos otra vez en Bogotá.

— Seguramente — respondió Cristina, sabiendo que sus vacaciones ya casi se terminaban —. Lo que pasa es que no entiendo muy bien esto del viaje. Creo está que Julieta está un poco mal.

Fidelito sonrió. Él tampoco entendía muy bien, pero no importaba. Había algo que debía ocurrir y que sólo ocurriría si los dos hacían un esfuerzo de voluntad, de manera que se acercó un poco más a Cristina y apoyó suavemente su mano sobre la de ella, que estaba en el cobertor de colores. De repente la conciencia de estar con una niña algunos años menor que él, pero que por su apariencia física hubiera podido encantar a cualquiera mayor que él, se adueñó de sus actos y lo llenó de osadía.

— Teníamos una promesa — le recordó Fidelito.

Cristina retiró la mano con el gesto más casual que pudo hacer. El contacto había despertado en su cuerpo ese calor que se desprendía de todos sus poros y le impedía respirar. Sonrió y miró el morral mientras se daba tiempo para pensar qué decir, pero no había alcanzado a idear nada cuando se encontró con la cara redonda de su amigo frente a la suya, y se levantó asustada de un salto.

— Tranquila, quería despedirme — dijo Fidelito deteniéndola del brazo.

— Si — pronunció Cristina enceguecida por la velocidad de los acontecimientos y por el golpe de la sangre que su corazón bombeaba sobre sus mejillas —. No — corrigió —, es que no sé. Me parece que no debería ser así, tan forzado.

Fidelito sonrió y le soltó el brazo. Se volvieron a sentar. Se miraron y se sonrieron de nuevo. Ninguno sabía qué decir. Cristina sentía que se ensordecía a causa de su propia temperatura, que había dejado de ver y de sentir, que se ahogaba en su propio calor.

─ Es que me imaginé que iba a ser más fácil ─ empezó Cristina ─, pero...

─ Lo que importa ahora es si usted quiere o no ─ la interrumpió Fidelito con autoridad.

Cristina se quedó mirándolo. La verdad, tampoco sabía si quería o no. Lo que sí quería era que ese violento calor abandonara su cuerpo y la dejara volver a respirar, a entender. Se levantó y fue hasta una esquina del cuarto. Se recostó contra una pared blanca y la temperatura de la cal le permitió volver a tener un poco de conciencia de sí misma.

─ No. Lo que importa es cómo ─ aseguró Cristina sacando seguridad de sus huesos, que era lo único que no amenazaba con derretirse.

─ Darse un beso no es tan importante ─ alardeó Fidelito ─. Hay cosas más graves.

Cristina sintió de repente que el calor que la había inundado abandonaba su cuerpo como si nunca hubiera estado en él. La frase del niño resonó exactamente en el centro donde todo el calor de su cuerpo se producía como una explosión que hubiera consumido todo el combustible, de manera que tan de repente como había sentido que su cuerpo se salía de sus manos, sintió que nuevamente volvía a ser la dueña de sus actos. Por fin, después de mucho tiempo, le pareció ver con claridad lo que debía hacer.

─ Claro que hay cosas más graves ─ le aseguró recogiendo el morral ─, como que el bus se vaya con mi tía sola, por ejemplo.

─ No quise decir eso ─ trató de detenerla Fidelito ─, sólo quería que fuera más fácil.

─ Pues salió todo lo contrario ─ dijo Cristina saliendo de la habitación.

Afuera estaban Fidel y los hijos de doña Soledad. Se abrazaron bajo la mirada lánguida de Fidelito.

─ Nos vemos en Bogotá ─ aseguró Fidel, como si fuera necesario hacer una promesa que alejara la incertidumbre que lo dominaba.

─ Eso espero. No sé. De todas formas, gracias por todo ─ respondió Cristina, y en su gesto incluyó a todos los presentes, incluido Fidelito, por supuesto ─. La verdad, creo que voy a tener que adelantar mi viaje. ─ Fidelito se quedó mirándola intrigado ─. Si Julieta sigue así, lo más seguro es que yo le estorbe, y me aburre ser un estorbo ─ aclaró Cristina con bastante intención. Nunca sabría si lo dijo para tranquilizar a Fidelito, que la miraba desde detrás de sus gafas como si el mundo se estuviera resquebrajando y la grieta empezara justo en ese espacio del aire donde ella se encontraba, o simplemente por cortesía.

─ Pero puede quedarse en nuestra casa, ¿verdad papá? ─ se apresuró Fidelito.

─ Claro, sin ningún problema ─ aseguró el profesor de literatura, que seguía tan confundido con lo que había pasado como hace unos instantes.

─ Muchas gracias. Pero mi viaje era para ver a Julieta ─ aseguró Cristina y detestó el tono adulto que tuvo su frase. Es más, se dio cuenta de que había dicho

varias frases demasiado adultas para su propio gusto. Tal vez en eso estaba el problema. No pudo encontrar más palabras para continuar hablando en un tono que se acercara a la imagen que tenía de sí misma, de manera que se quedó callada, en medio de las miradas de todos los que la despedían. Todos sabían que lo más seguro era que no se volvieran a ver.

— Lástima que se vaya — se atrevió a decir Fidelito.

Cristina lo miró y sonrió. La tristeza que le producía la situación a su amigo era evidente. Se volvió a producir un nuevo silencio cargado de todas las ideas que nadie era capaz de decir. Parecía de repente que una tormenta hubiera terminado: en el aire sólo quedaban los lejanos ecos del desastre y la extraña esperanza de que el sol terminara de volver algún día. Fidel le pasó el brazo por los hombros a Cristina, le acomodó el pelo en la cabeza y mirándola a los ojos le dijo:

— Es que aquí somos a veces muy apegados a la gente y no estamos acostumbrados a que las personas se vayan tan rápido. De pronto es un defecto.

Cristina se quedó un momento perdida en los ojos del profesor de literatura, que miraban dentro de los suyos como si estuviera leyendo el rápido movimiento de sus ideas. Parecía que todo estaba dicho; sin embargo, la sensación de que una palabra más sería suficiente para permitir el desenlace no dejaba de turbar la tranquilidad que estaba alcanzando. Nuevamente un extraño deseo de correr, de estirar y contraer los músculos del cuerpo como si con ello exprimiera su corazón y lo dejara libre, se le presentó como la única inclinación clara de su voluntad. Necesitaba movimiento.

— ¡Una carrera hasta la Flor, vamos a comernos el último helado! — gritó liberándose del abrazo de Fidel y colgándose el pequeño morral en la espalda.

Fidelito sonrió ampliamente, dejando que sus ojos se perdieran bajo sus mejillas, y contagió a los demás con la propuesta:

— ¡Listo, el último paga!

La salida por el zaguán con forma de embudo hizo que sus cuerpos chocaran unos contra otros, de manera que cuando consiguieron salir de la casa, surgió una estampida por la puerta. Todos gritaban eufóricamente tratando de detener al que estaba adelante para sobrepasarlo. Al final de la segunda cuadra uno de los hijos de doña Soledad, el mayor, logró zafarse del abrazo con que Fidel pretendía detenerlo, y alcanzando las mesas de metal de la heladería la Flor, se consagró como vencedor.

Fidelito y Cristina corrieron amistosamente uno al lado del otro con temor a sobrepasarse. Un charco que se atravesó en su camino obligó a Cristina a lanzar su cuerpo en dirección de su amigo, y aprovechando el impulso, dejó que su hombro golpeara contra el acolchonado costado de Fidelito. Éste reaccionó estirando los brazos y lanzando a Cristina sobre el charco en un vuelo sólo posible de realizar gracias a un largo entrenamiento en atletismo. A partir de ese momento apenas avanzaban a causa de los obstáculos que se ponían el uno al otro, de manera que al llegar a la heladería no sólo eran los últimos con una enorme diferencia respecto a los primeros, sino que además tenían que sostenerse entre sí para no caer por las carcajadas.

Como era justo, pagaron la cuenta Cristina y Fidelito, y como si siguieran un acuerdo, caminaron todos hacia la terminal. La conversación, que no había cesado desde que se reunieron en la heladería, empezó a declinar poco a poco a medida que se acercaban a su destino, donde los esperaba Julieta, que se había puesto una

pañoleta roja en la cabeza y tenía un suéter amarrado en la cintura. Se quedaron unos pasos detrás de ella, pero Fidel, alentado por la carrera y el juego, se le acercó y la llevó lentamente hacia un lado de la calle: a la sombra de un árbol milagroso. Muy pronto empezaron nuevamente las risas. El bus esperaba con el motor apagado mientras el ayudante cargaba el equipaje. Fidelito sacó la caja de plástico roja del morral de Cristina, que había cargado durante el trayecto desde la heladería, se lo pasó al ayudante y después de entregarle la caja a Cristina, se quedó con las manos agarradas a la espalda.

Cristina se le acercó y le dio un beso lento. Hizo presión, suavemente, sobre sus labios con los suyos y esperó, con los ojos cerrados, que el instinto la guiara.

El resultado fue maravilloso. Aquel hueco, que había sentido en el estómago lleno de mariposas arrugadas que batían sus alas como si cada una quisiera salir volando con un pedazo de su cuerpo hacia lugares diametralmente opuestos, se llenó de una emoción plena, con cuerpo y respiración. Maravillada por lo que estaba sintiendo, se detuvo un segundo y abrió los ojos: frente a sus narices estaba la nariz gorda de Fidelito; frente a su mirada: las gafas arcaicas del niño. Sin poder evitarlo, se rio.

— ¡Qué delicia!

Fidelito también se rio.

— Dicen que es mejor cuando se repite — aventuró el niño sin dejar de reír y sin alejarse un segundo del suave olor a pasto mojado de la boca que tenía al frente.



El claxon del bus, donde el conductor se acomodaba y repetía en tres toques seguidos el llamado final a los pasajeros, los condujo hasta su puerta, de donde descendía Fidel sonriente. Un abrazo fuerte y largo fue la manera de despedirse.

Cuando se sentó al lado de su tía, se dio cuenta de que todavía le ardían las mejillas, iluminadas aún más por una sonrisa incontrolable. Apretó la mano que Julieta había puesto sobre la suya y dejó que sus ojos se sumergieran en esa promesa de paisaje que le dejaba adivinar la noche. Cuando salieron del arrullo de los baches, Cristina se volvió hacia su tía y le preguntó:

— ¿Cómo estás?

— Bien. No tanto como te veo a ti, pero me las arreglo.

— ¿Qué pasó?

— ¿De verdad quieres que te cuente? — le respondió Julieta con un gesto que cumplió su cometido.

— No, la verdad no — reconoció Cristina —. Pero quedaron de amigos, se estaban riendo.

— Si, nos estábamos riendo, pero sigue siendo un idiota — sonrió Julieta.

— Como raro, ¿verdad? — continuó la niña.

— Más bien — dijo y se quedó un momento callada —, lo que pasa es que todo es una equivocación.

— ¿Te parece? — se interesó cada vez más Cristina. Julieta emitió un nuevo suspiro. En la última hora había suspirado más que en un mes entero.

— No tengo idea. Pero no tengo tiempo para ponerme a pensar en eso. Estoy ocupada en otras cosas.

— Que yo me acuerde, lo que querías era descansar.

— Por eso. Quedarme con Fidel habría sido sobre todo una pensadera... — nuevo suspiro —. ¡Ay, no! ¡Como si tuviera quince años otra vez, no! ¡Qué cansancio! Para cada paso una razón... No, ya no tengo tiempo para eso. Necesito ver qué hago. Además, no me siento capaz de volver a montar en ese aparato. ¡Que se vare él solo! ¿No crees?

Cristina simplemente asintió y se preguntó si ella alguna vez sería capaz de sentir o de decir algo parecido a lo que acababa de oír, pero los músculos de su cuerpo empezaron a relajarse plácidamente después de la tensión de los últimos minutos, y encontró increíblemente confortable la silla donde estaba sentada. Además, Julieta tampoco esperaba una respuesta. Simplemente había dicho lo que había estado pensando durante toda la tarde y nadie más había oído. De manera que en ese momento terminó la conversación.

Después de todo, Cristina sí tendría cosas que contar sobre sus vacaciones. La pregunta ahora era si debía contarlo y cómo. Pero no sería durante el viaje que lo resolvería. Para eso habría aún varios días. Así que se acomodó contra el cuerpo de su tía, que también se había escurrido sobre la silla buscando la mejor posición para dormir. Y así lo hicieron hasta el final del viaje.

Índice

Aquí acaba este libro

escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso, adaptado

por personas que aman los libros.

Aquí acaba este libro que tú has leído,

El libro que ya eres

El ejemplar original se terminó de imprimir en Noviembre de 2015.

En COMERCIALIZADORA DE IMPRESOS OM S.A. de C.V.

Insurgentes Sur 1889 Piso 12 Col. Florida

Álvaro Obregón, México, D.F.

La adaptación digital se terminó de escribir en Octubre de 2023

México, Puebla.